

San José, Costa Rica

1926

Lunes 22 de Febrero

288

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Un santo organizador*, por Luis Araquistain.—*América en crisis. El volcán de Tacna y Arica*, por César Falcón.—*Dos parábolas*, de Tomás Meabe.—*Tres líricos del romanticismo inglés*. Versiones y notas de Rafael Alberto Arrieta.—*La cisterna*, por Blanca Milanés.—*La muerte de un fundador*, por Fernando de los Ríos, Gabriel Alomar, Julián Besteiro y Andreino.—*El entierro de Pablo Iglesias*, por Luis de Zulueta y R. Blanco-Fombona.—*Dos artículos* de José Carner.—*Respuesta al Cuestionario del REPERTORIO AMERICANO*, por Carlos Wyld Ospina.—*Al margen de un artículo*, por Edmundo Velázquez.—*Tablero*.

Son pocos los hombres que llegan a la ancianidad moralmente íntegros, sin un desfallecimiento, sin una caída en el surco, sin una capitulación, sin una infidencia para consigo mismos. La historia—como el arte—es larga, y la vida, breve; ¿qué puede hacer—piensa el débil—un solo individuo? La acción desinteresada es dura y blandas la materia y la voluntad del hombre; ¿quién ha de agradecer el sacrificio?, se interroga, queriendo justificarse, el egoísta. Y los caminos se llenan de almas muertas, de conciencias que sucumbieron antes que su encarnadura mortal. Son pocos, al contrario, los que, conforme su deleznable carne va muriendo, más vive su naturaleza inmortal, su sustancia ética, en los demás hombres; los que llegan a la muerte con la más preciada corona: con el respeto moral de los adversarios, sin haber perdido la adhesión entusiasta de los compañeros y discípulos, antes siendo cada día más honda y más extensa. Así ha muerto Pablo Iglesias.

Se honran los que habiéndole combatido en vida, acaso no siempre con armas leales, se descubren ahora ante su austeridad inmaculada; pero él nos honra a todos, al pueblo que lo produjo, porque tales caracteres son como diamantes de extremada rareza y valor que sólo cristalizan en los profundos crisoles de una raza. El hombre de una clase y de un partido es ya un arquetipo humano y un patrimonio en el acervo común de nuestra historia. No todos compartieron sus opiniones, ni había para qué, porque la vida colectiva es, por definición, pluralidad de



Pablo Iglesias

Un santo organizador

realidades e ideales; pero todos admiran su santidad. Los santos verdaderos no pertenecen exclusivamente a una religión, sino a todas las religiones y hasta a la propia herejía. El santo, como el héroe, es de la Humanidad toda. Y Pablo Iglesias fué, a un mismo tiempo, héroe y santo, dos categorías siempre raras en cualquier época y país.

La sensibilidad histórica de un pueblo se caracteriza por su aptitud para sobreponerse a las diferencias de sectas y facciones, apropiándose los valores nacionales como un tesoro común. En España esta sensibilidad no ha sido nunca muy

final. Los hombres de una bandería son negados por los de las otras. A veces ni la muerte basta para comunizarlos. Recuérdese el caso de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, sospechoso a las izquierdas, y el de D. Francisco Giner de los Ríos, a cuya memoria todavía hacen el signo de la cruz las derechas. Acaso este africanismo tribal sea la motivación de que algunos españoles distinguidos no gusten de ser clasificados en un bando u otro, temerosos de sus odios. Pero estas clasificaciones son inevitables, a menos de permanecer al margen de la historia, insensibles a sus encontradas co-

rrientes, o ser desleales consigo mismos. Ni hay por qué temerlas. La justicia acaba siempre por llegar y el reconocimiento a quien lo merece. Ya le va llegando al altísimo y hasta ahora mal comprendido Menéndez y Pelayo. Pronto se la harán también todos los españoles a Giner, cuando se aperciban de que su obra, de educador, de artífice de hombres, no tenía otro fin que la dignidad del individuo y el engrandecimiento de la nación por la competencia de sus servidores.

Hay un punto de semejanza entre Giner y Pablo Iglesias: los dos son creadores de organizaciones y los dos moralistas. Acaso en el pedagogo es más fuerte el sentimiento de eficacia y en el obrero el sentimiento de justicia; pero ambos sentimientos coinciden en la idea y el hecho de la organización: la eficacia no puede organizarse sino para fines de justicia y la justicia no puede conseguirse sin una organización eficaz. Ambos son fundadores de instituciones sociales y ambos anteponen la dignidad personal y el bien público a toda otra regla de conducta. Ambos pertenecen a una época tan rica en egregias individualidades como la segunda mitad del siglo XIX, frustradas históricamente muchas de ellas por haber desatendido el principio de organización. No bastaba desear una España nueva; había que organizarla fuera del Estado, en la entraña misma de la sociedad. Había que crear hombres y disciplinarlos. El problema último en Pablo Iglesias y Giner era el mismo: preparar hombres para hacer historia. Variaban las zonas sociales sobre

que operaban. En una colección de vidas paralelas de esa época citada—gran tema para un Plutarco nacional de alienato—, no podrían faltar ni estar muy distantes las de los dos maestros organizadores.

Con Pablo Iglesias—como ha dicho bien Fernando de los Ríos—termina la primera etapa formativa del socialismo español. Hace poco murió también el veterano suizo Grenlich. Antes habían desaparecido Bedel, Keir Hardie, Jaurés, la mayoría de los discípulos o continuadores de los que fundaron el socialismo internacional. Ya apenas

queda nadie de la gran pléyade que sucedió a los fundadores. Kautzky y Bernstein, hoy casi retirados, fueron más teorizantes que organizadores. Pablo Iglesias era uno de los últimos de esa falange de obreros que dedicaron su energía a crear el gran instrumento de acción política que es hoy el socialismo en la mayor parte de los países occidentales. Ese instrumento ha gobernado ya en algunos. Lo que en un tiempo parecía una amenaza para la sociedad vigente y para la normal evolución histórica es mirado hoy como una garantía de

marcha ordenada y de reserva eficaz. Frente a la táctica revolucionaria preconizada y ejercida por el comunismo, los hombres como Pablo Iglesias representaban un principio de orden gradual, grato incluso a las clases más conservadoras. La historia había dado casi alcance al hombre que, hace pocos lustros aún, parecía ir tan delante de ella.

Ahora que Iglesias no tenía ambición de gobierno. No sólo las circunstancias específicas de España lo obligaban a conservar un honesto apartamiento de

las riendas del Poder. Forjador de la herramienta, acaso temía también ponerla a prueba y desgastarla en funciones gobernantes. Muere el artífice de una organización en el momento en que, madura, disciplinada y eficaz, es la alternativa más apta de cuantas se delinean en el horizonte nacional. Muere su carne; pero su espíritu puro y constructivo seguirá siendo faro y ejemplo en una hora tan menguada de caracteres.

LUIS ARAQUISTAIN

(*El Sol*, Madrid).

América en crisis

El volcán de Tacna y Arica

=A los buenos hijos de la América española, los previsores y vigilantes, les recomendamos este interesantísimo artículo del señor Falcón. Periodista peruano, eximio y perspicaz, es el señor Falcón. Reside en Londres y es corresponsal de *El Sol* de Madrid y de *La Vanguardia* de Barcelona.

Para el REPERTORIO AMERICANO ES MUY HONROSA esta colaboración directa del señor Falcón. Estimación y gratitud para él.=

CUANTO ocurre ahora en Tacna y Arica no es un simple episodio de la historia de los países comprometidos en la disputa. El pleito por las dos provincias ha logrado una magnitud continental. Desde lejos, imponiéndole a mi juicio una visión objetiva, me parece que los hombres más próximos al lugar de la contienda—los hombres en los que yo puedo pensar—sufren demasiado la influencia y la pesadez del ambiente. América, la nuestra, la hispánica, está ardiendo y no se oye ninguna voz alerta. La controversia del Perú y Chile derrama sobre los dos países un torrente de odio que no puede contenerse entre las dos fronteras de ambos y trascenderá sin duda a todo el continente. Chile y Perú se ultrajan, se denigran, se calumnian, se atropellan. En Lima y en Santiago está usándose una retórica epiléptica. Lo que más nos une, lo que precisamente nos hace iguales a chilenos y peruanos, nuestro vínculo más claro y más noble: nuestro idioma, sirve en estos días de instrumento de odio y de destrucción.

Ni la retórica de Lima ni la de Santiago puede convencer a nadie de la gravedad esencial del pleito de Tacna y Arica. Para cuantos tenemos la visión integral de nuestra raza, es absolutamente lo mismo que Tacna y Arica pertenezcan a Chile o al Perú. Ni el porvenir, ni la historia, ni la suerte, ni el progreso de América se concretan en la disputa. Yo lo digo con el mismo derecho que le reco-

nozco a cualquier hombre nacido en Méjico, en España, en la Argentina, en Cuba, en Chile, en el Perú o en cualquier país hispano-americano. El hecho de haber nacido en Lima no subordina mi pensamiento al tutelaje pasional de los que a mi entender son en este momento los mayores culpables, sino me incluye en la gran totalidad de la raza hispánica con el derecho terminante de sentir y pensar como más la suerte de todos los países hispánicos.

Lo más grave del instante actual no es que Perú y Chile se disputen Tacna y Arica. Ningún hombre sensato, mucho menos un hombre de Tacna y Arica puede creer que en el continente americano, entre dos pueblos física y espiritualmente iguales, puede repetirse el conflicto de Alsacia y Lorena. En la frontera franco-alemana, además de la pugna económica implícita que establecen el hierro de Lorena y el carbón del Ruhr, se desarrolla una lucha de razas, de culturas, de idiomas. No tiene la misma trascendencia histórica que Alsacia y Lorena pertenezcan a Francia o que pertenezcan a Alemania. Pero que Tacna y Arica pertenezcan a Chile o al Perú no significa, como lo ha dicho muy bien *El Sol* de Madrid, sino que sus subprefectos los nombren en Santiago o los nombren en Lima.

En la controversia no hay más punto serio de discusión que el antecedente de la guerra del 79. Precisamente el punto más desgraciado, más abominable y que todos debemos arrancar-

nos de la memoria. La estela de odio de esa guerra estúpida ha durado cincuenta años, envenenando las almas de dos generaciones, agitando negativamente la vida continental, comprometiendo la paz y obstaculizando el progreso. Hoy vemos su resultado. Perú y Chile están en la inminencia de la guerra y no por cierto en beneficio de ninguno de ellos.

Aquí radica a mi juicio, la mayor gravedad del instante. El pleito de Tacna y Arica se hace hoy por cuenta de los Estados Unidos. Una guerra entre el Perú, Chile y Bolivia daría al mundo el espectáculo de tres mendigos dándose de palos por un mendrugo. Pero destruiría quizás para siempre, la armonía espiritual de nuestros pueblos, se rompería la fuerte unión de la raza y el conglomerado hispánico quedaría al fin de cuentas bajo el patronato de los Estados Unidos y de Inglaterra. Ningún pueblo, ningún hombre hispánico, consciente de su destino histórico, puede quedarse indiferente ante el peligro.

El arbitraje del Presidente Coolidge y sus consecuencias actuales tienen un origen yanqui. Cuando se trató de reunir la conferencia pan-americana en Santiago de Chile, el Secretario de Estado Hughes se dió cuenta de que la continuidad de la disputa peruano-chilena-boliviana iba a determinar la destrucción de ese instrumento de dominio yanqui en América. La conferencia iba a quedarse sin Méjico, sin Perú y sin Bolivia. Argentina, que lucha admirablemente contra los Estados Unidos en ella, habría encontrado en el pleito un delicado motivo para no concurrir. La Pan-American habría desaparecido en seguida con estas abstenciones. El secretario Hughes, para conjurar el peligro, propuso el arbitraje del Presidente de los Estados Unidos. Chile y el Perú cometieron el error de aceptarlo. El Gobierno del Perú ha cometido, además,

no ya el error, sino el delito, de entregarse en cuerpo y alma a los Estados Unidos. El mismo gobierno que se negó brutalmente a aceptar la invitación amistosa del Presidente Alessandri, repitiendo el antiguo juego tonto de no aceptar ninguna iniciativa de Chile del mismo modo que Chile no aceptaba iniciativa alguna del Perú, esté mismo gobierno, repito, se rindió, poco más tarde, a los pies del secretario Hughes y hace hoy el odioso papel de Agente de los Estados Unidos en el Perú y en Sur América.

Cuanto ocurre hoy y cuanto pueda ocurrir en consecuencia al pleito de Tacna y Arica ha sido deliberadamente preparado por el gobierno del Perú. Chile cometió el error de aceptar el arbitraje norteamericano, las autoridades chilenas han atropellado a los pobres hombres de Tacna y Arica que intoxicados por la propaganda peruana, se afiliaban a la peruanofilia; en Chile también se hace una propaganda de odio al Perú. Todas estas son faltas contra las cuales la conciencia de un patriotismo más vasto y más generoso que el pequeño patriotismo de las clientelas del pleito, me obliga a protestar. Pero el gobierno del Perú ha cometido el crimen de encender en el ánimo de los peruanos ingenuos un propósito bélico contra Chile. Antes de la iniciativa del secretario Hughes, el gobierno del Perú no ha tenido otra política que la de propugnar la guerra con Chile. Trabajó por derrocar a Gutiérrez Guerra y favorecer la llegada al poder de Bautista Saavedra para hacer, como lo ha hecho, una alianza militar con Bolivia, dirigida, naturalmente, contra Chile. Sus agentes recorren las calles de Lima viviendo al Perú, a Bolivia y a la Argentina para infundir en el ánimo del pueblo el convencimiento de que Perú, Bolivia y Argentina son aliados contra Chile. *La Nación* de Buenos Aires advirtió ya esta maniobra y protestó contra ella. Pero el pueblo peruano no lo sabe y se enardece con las palabras mendaces que el gobierno hace circular en las calles.

Y en tanto que las multitudes se enardecen en las calles de Lima, en la sierra y en la costa los hombres mueren de peste, de hambre y de ignorancia. Todos los dineros del país, provenientes de un formidable recargo de contribuciones e impuestos, se gastan en la propaganda del odio y de la guerra. Una burocracia analfabeta impone desde los ministerios y desde la presidencia una dictadura soez, sin norma intelectual ni moral, y estimula, para sostenerse en el gobierno, el caciquismo más cruel, más ignorante y más salvaje de la Tierra. Y sobre este poder local, garantizán-

dolo en el exterior y aprovechándolo en el interior, gravita en el Perú el poder imperialista de los Estados Unidos. Perú es ya un dominio norteamericano. Sus principales rentas están hipotecadas a los capitalistas yanquis y yanquis son también las compañías que tratan con el estado. La instrucción pública, la marina nacional, las aduanas y la aviación han sido puestas bajo la tutela yanqui. Todo el petróleo del país pertenece a la Standard Oil y el gobierno no pronuncia una sola palabra que no sea de adulación a los Estados Unidos. La adulación ha llegado al punto de levantarle una estatua a Washington en una plaza de Lima y la vileza al de pedir oficialmente el envío de tropas norteamericanas a Tacna y Arica.

Yo no dudo de la parcialidad de Estados Unidos en Tacna y Arica. Los delegados norteamericanos tienen que favorecer en cuanto puedan al Perú. Si no tuviera otras noticias me bastarían para creerlo, el comentario y las opiniones de la prensa norteamericana. De la peor prensa, desde luego. La que anduvo mezclada con los petroleros, el presidente Harding—que propuso el arbitraje—y el gobierno del Perú en el escándalo de Tea-pot-Dome. Si el presidente Coolidge falló contra el Perú fué solo por que el Perú quiso jugar bellacamente contra el plebiscito en una época en la que el principio plebiscitario es la norma resolutive de todas las cuestiones territoriales. Francia, vencedora de la guerra, no se opuso al plebiscito en Alsacia y Lorena. El plebiscito se ha empleado en Alta Silesia, en Fiume, en Mosul, etc. El presidente de los Estados Unidos no podía atenerse a un argumento de tinterillo para opinar contra un principio jurídico universal.

Pero una cosa es la teoría del plebiscito y otra es la práctica. Estados Unidos, que no pudo suscribir el estólido alegato del Perú, puede, en cambio, favorecer sus maniobras en Tacna y Arica. Chile no le ha regalado su petróleo ni le ha hipotecado sus rentas ni le ha entregado su hacienda, su instrucción y su alma. Estados Unidos favorece y favorecerá al Perú. Mas a costa de la servidumbre del Perú, de su independencia económica, de su personalidad y de su dignidad.

El triunfo del Perú en estas condiciones significaría una verdadera derrota. Más aún: significaría una derrota de todos los pueblos hispánicos. Nuestra fatalidad geográfica y social hace inevitable la cooperación de nuestro agrarismo con el maquinismo de los pueblos anglo-sajones. Pero esta cooperación inevitable es al mismo tiempo un peligro constante para

nuestra independencia económica y, consecuentemente, para las demás. No puede salvarnos sino la vigilancia y el cultivo incesante de nuestra personalidad.

La erupción pasional de Tacna y Arica, con ser tan ponzoñosa, no es más que un síntoma. Yo creo que en Lima, en Santiago y en todo el recinto hispánico hay muchos hombres que podemos unir nuestras manos para cegar este volcán con sus propias cenizas. Si el martirio de Tacna y Arica puede servir para algo, si la desgracia de los pobres seres apaleados en Tacna y Arica por las autoridades chilenas y muertos de hambre en las calles de Lima, inspira un sentimiento de justicia, ese pedazo de tierra debe purificarse redimiendo la ominosa mediterraneidad de Bolivia. Tacna y Arica deben servir para que nos lavemos el pecado de la opresión boliviana y para que Bolivia en vez de conchavarse en un complot fratricida, salga redimida a los caminos del mundo. Yo resuelvo mi emoción y mi esperanza en el gesto de mis dos manos tendidas hacia todos los que en Chile, en el Perú, en la amplitud del ámbito racial me tiendan las suyas para formar confraternamente nuestro único frente de lucha. Un frente contra la campaña odiosa de estos días, contra la intromisión norteamericana en las cuestiones de Hispanoamérica, en favor de nuestra unión fraternal. Varias veces he dicho que los peores enemigos de Hispanoamérica son los que la venden. Hoy me toca señalarlos en el gobierno del Perú. Si no levantamos nuestras voces, si en todos los rincones de nuestras tierras no brota un ardido sentimiento contra ellos, si los hombres puros del Perú y Chile no lanzan resueltamente sus corazones y sus brazos a la acción, Tacna y Arica serán el símbolo de una nueva derrota hispanoamericana. Como Puerto Rico, como Gibraltar, como Filipinas, como Panamá.

CÉSAR FALCÓN

36/37 Queen Str.
LONDON. E. L. 4.

Curso Práctico de Literatura y Castellano

ROGELIO SOTELA

Profesor de Estado

abrirá próximamente dos secciones de estudio así:

Primer Curso:

GRAMÁTICA Y RETÓRICA: de 7 a 8 p. m.

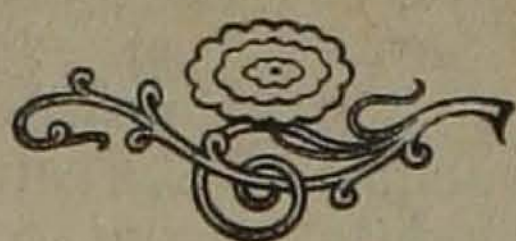
Segundo Curso:

LITERATURA GENERAL: de 8 a 9 p. m.

Queda abierta la matrícula. Para detalles dirigirse al apartado N.º 113, San José.

Febrero 15 de 1926.

Dos parábolas de Tomás Meabe



Las cuatro ratas

Un czar de Oriente, no podía dormir. Su guerra iba de mal en peor.

Una noche tuvo un sueño raro, faraónico.

Vió cuatro ratas, la una gordísima, la otra flaquísima, la tercera ciega, la cuarta luchando patas arriba con la sombra de su cola.

Muy inquieto, y muy seguro de que aquel sueño era un aviso de algún dios, mandó venir a Palacio un brujo de mucho nombre en el arroyo.

—Señor—dijo el brujo—, la rata gordísima es la clase conservadora.

—¿Y la flaquísima?

—El pueblo.

—Y la que queriendo agarrar a la sombra del rabo, se abre el corazón y el vientre?

—El Ejército.

—Y la rata ciega?

—La rata ciega es Vuestra Majestad.

El pobre, el rico y el mosquito

Un rico vivía frente a un pobre, le veía todos los días desde la ventana lo pobre que era y se decía: ¿Qué tengo yo que ver con éste?

El pobre, siempre pensando en su invento, estaba que se moría de pobreza.

Un día se come mal, y dos, y hasta cuatro, pero más no, sin perder fuerzas y caer enfermo, sobre todo cuando se trabaja, y esto pasó en la casa del pobre, que poco a poco fueron cayendo enfermos todos.

Como no tenían ni para boticas y, además, como ya nadie les fiaba nada, fueron muriendo uno por uno de fiebre maligna. Al pobre inventor se le murió primero la mujer, luego la hija, luego el hijo.

Ahora se moría él.

Y el rico de enfrente le veía todos los días desde su ventana, diciéndose: ¿Qué tengo yo que ver con éste?

Se moría el pobre, se moría.

Aborrecido de todos, porque a todos debía algo; temido de todos, porque todos, de miedo a la fiebre temían acercársele; consumido, sin carne ya en los huesos, sin poder tenerse, suda y suda, tiembla y tiembla, se moría pensando en su invento, deli-

rando extrañamente, gritando con fervor números y números.

Se moría solísimo.

Y el rico de enfrente le veía todos los días desde su ventana, y, avaro avaro como era, se dijo una vez más: ¿Qué tengo yo que ver con éste?

He aquí que la misma noche, un mosquito de los infinitos que había en un fangal, picóle al moribundo.

Luego, volando al azar de las sombras, entró por la ventana en la casa del rico, que dormía, y le picó también.

Le picó también, transmitiéndole al picarle, la enfermedad de que moría el pobre.

Y el rico ya no pudo ver más al pobre de enfrente desde la ventana.

**

Los dos murieron de lo mismo; casi al mismo tiempo murieron sin saber lo que el uno tenía que ver con el otro; casi al mismo tiempo los metieron bajo tierra; casi al mismo tiempo se quedaron solísimos con los gusanos. Y los gusanos están aún sin saber quién era el rico y quién era el pobre.

¿Y el mosquito? ¿Qué se hizo del mosquito? ¿A quién otro picó? ¿A quién otro picará?

No se puede decir. No se puede seguir a un mosquito en las sombras. Tal vez vuela todavía por las noches, zumba su eterna mofa, y, dándose panzadas de toda clase de sangres, inyecta la de un hombre en otro hombre. No se puede decir ni que sí, ni que no.

Lo único que se puede decir a ciencia cierta es que nunca faltan mosquitos de mil clases que se encargan de hacernos sentir que no nos conviene que haya desgraciados a nuestro alrededor; y que el socorrerles a tiempo es socorrernos a tiempo a nosotros mismos, es hacer que los mosquitos que les piquen no nos echen a perder la vida.

Lo único que se puede decir a ciencia cierta es que nunca faltan mosquitos; o seres todavía más menudos, que nos hagan saber violentamente lo que dulcemente saben de por sí los hombres de corazón: que tenemos mucho, pero mucho, pero muchísimo que ver con nuestros prójimos, sobre todo cuando nuestros prójimos son desgraciados.

TOMÁS MEABE

(Del tomo *Obras*, EDITORIAL MEABE, Bilbao, 1920).

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

F. Crommelynck: <i>El estupendo cornudo</i>	¢ 2.50
F. Graebner: <i>El mundo del hombre primitivo</i>	3.25
A. Mosser: <i>La filosofía actual</i>	4.50
Jiménez, Juan Ramón: <i>Obra definitiva</i> (8 cuadernos)	6.00
L. Moritz Hartmann: <i>La decadencia del mundo antiguo</i>	3.00
B. Croce: <i>España en la vida italiana durante el Renacimiento</i>	3.50
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
Savitri, episodio del <i>Mahabhárita</i>	1.00

Equivalencia: ¢ 4 = \$ 1. oro am.

Tres líricos del romanticismo inglés

Versiones y notas de Rafael Alberto Arrieta

Percy Bysshe Shelley

(1792-1822)



Cor cordium... «Poeta de poetas»... El más etéreo—luminoso, inasible. En la alondra de su bellísima oda podría verse el símbolo de su espíritu. La suspirante tristeza de Shelley clamó siempre por la alegría. El año anterior al de su muerte invocábala con exasperada ternura: «¡Cuán raramente vuelves a mí!—decíale en una de sus canciones más dulces. ¿Por qué te alejas tanto? ¿Por qué me abandonas?» Mas si no pudo nombrarla su aliada, si no la sintió bullir en su alma con aquella fidelidad que la une al corazón de la alondra, alondra, no obstante, fué su espíritu de fuego, heraldo de nuevas auroras sociales, soñador de mundos mejores. Un crítico llamóle «ángel ineficaz agitando inútilmente sus alas luminosas en el vacío», pues el poeta quijotesco fracasó al intentar realizar sus sueños, sembrando el dolor en los seres que amaba o salpicando su plumaje celeste en las miserias que pretendiera purificar. Pero ¿hemos de exigir a las alondras otra cosa que su canto libertador?

A una alondra

¡Salud, alegre Espíritu!—
pájaro nunca fuiste—
que viertes de lo altísimo
tu corazón colmado
en profusas canciones de arte impremeditado.

Más y más alto asciendes,
como nube de fuego,
desde la tierra. Hiendes
el hondo azul cantando
y al remontarte sigues tu música sembrando.

En la dorada aureola
del sol poniente, donde
la nube se rrebola,
flota y corre tu ser
cual incorpóreo júbilo que acaba de nacer.

En torno de tu vuelo
disuélvese el ocaso;
como estrella del cielo
en el fulgor del día,
te vuelves invisible—mas oigo todavía

tu voz sutil, derroche
agudo como el dardo
de la argentina noche,
cuya lámpara, oculta
por el claror del alba triunfal, no está sepulta.

La tierra, el aire, llena
tu voz, como la luna,
en la desierta escena,
asoma, en un momento
su claridad derrama e inunda el firmamento.

De ti yo no sé nada
ni de lo que semejas,
sino que a la irisada
nube desafiaría
tu presencia, visible chubasco de armonía.

Como espontáneamente
canta el poeta, oculto
en la luz de su mente,
hasta que el mundo alcanza
a interpretar su oráculo de temor y esperanza;

Cual la noble doncella,
en alta torre, calma
su amorosa querella
con música sedante
como el amor que aspira, en misterioso
instante;

Cual luciérnaga de oro,
en valle de rocío,
esparce su tesoro
de inefabables colores,
escondida, invisible entre hierbas y flores;

Cual la rosa emboscada
tras de sus verdes hojas,
por el viento violada,
tanta dulzura ofrece
que hasta el raptor alado la absorbe y
desfallece;

Són de lluvia vernal
sobre los prados, flores
que abre el roce pluvial,
y todo lo que fuera
alegre y claro y fresco, tu música supera.

Ser o Espíritu, dí
qué dulces pensamientos
concibes; nunca oí
loa de amor, de vino,
que alentara un diluvio de éxtasis tan divino.

Canto de triunfo y coro
nupcial, contigo en justa,
sufrieron el desdoro
de su hueca importancia
al revelar la falta que oculta su jactancia.

¿Qué objetos son las fuentes
de tu canción? ¿qué prados,
qué montes, qué corrientes?
¿qué universal modelo?
¿qué amores de tu especie? ¿qué ignorancia
del duelo?

No admite languidez
tu claro regocijo;
sombra de pesadez
nunca empañó tus horas;
amas, pero el hastío del corazón ignoras.

En sueños o despierta
sabrás, sobre la muerte,
cosa más honda y cierta
que nuestros desvaríos:
¿cómo, si no, fluyeras en cristalinos ríos?

En derredor miramos,
sedientos de imposible;
risa y pena mezclamos;
nuestra canción más bella
es la que un pensamiento más triste nos
da en ella.

Aun si libres nos viésemos
de odio, orgullo y temor,
o si nacido hubiésemos
sin pena que llorar,
no sé cómo lograríamos tu alborozo imitar.

Más que la melodía
mejor y los tesoros
de la sabiduría,
tu arte, ¡oh, de este suelo
desdeñosa!, tu arte, como poeta anhelo.

¡Qué armoniosa locura
fluyera de mis labios
al compartir la pura
fruición que en tu ser mora!
Me escucharía el mundo—cual yo te
escucho ahora.

Tres fragmentos sobre la música

I

Llave argentina de la fuente
del llanto, donde el alma
bebe hasta el extravío de la mente;
suavísimo sepulcro de múltiples temores
donde su madre, la Inquietud, se calma
y aduerme, como un niño cansado, sobre
flores...

II

A una cantante.

Mi espíritu navega como barca encantada
sobre las ondas líquidas de tu voz
disolvente,

lejos, pero muy lejos, hundido en las
brumosas
regiones de los éxtasis—como una barca
alada
de aligero velamen, que atravesando
umbrosas
florestas, descendiera, por sinuosa corriente,
veloz y balanceada...

III

Suspiro por la música, por el placer divino;
mi corazón sediento es rosa mortecina.
Vierte el sonido un encantado vino
y en chaparrón de plata sus notas disemina.
Por la lluvia sedante, como un llano desnudo,
hasta reverdecer de nuevo, ansío y dudo.

¡Oh, déjame embriagarme de esta dulce
armonía
más, mucho más! Mi sed es grande todavía.
Del corazón opreso desata la serpiente
que a la inquietud constante me encadena,
y a mi alma y mi cerebro pasa la disolvente
melodía, a través de cada vena...

John Keats

(1795-1821)

Murió en la capital de Italia, poco después de haber llegado al país con el propósito, pero sin la esperanza, de restablecer su salud. Casi desconocido y apenas considerado en vida, la posteridad no tardó en proclamar su gloria. Los críticos europeos reconocieron en el joven lírico a uno de los más altos del siglo. Inglaterra, por la pluma de Mateo Arnold, ha colocado a Keats junto a Shakespeare.

Enamorado de la Grecia clásica, cuyos resplandores admiró indirectamente, por vez primera, en los espejos de Chapman, ella le inspiró dos de sus grandes poemas: *Endymion*, desordenado, rico y deslumbrante como una selva, e *Hyperion*, fragmento marmóreo, friso trunco de impecable belleza.

En sus odas y en sus sonetos se encuentra, sin duda, la obra más perfecta del gran poeta juvenil, hija de una imaginación suntuosa, de un temperamento sensual, de un arte espléndido. De él podría decirse lo que escribió Arturo Symons con respecto a Aubrey Beardsley: «Tuvo la precipitación fatal de aquellos que van a morir jóvenes; esa perfección inquietante y exenta de conocimiento, esa absorción de una vida en una hora, que descubrimos en quienes se apresuran a realizar su obra antes del mediodía, sabiendo que no verán la tarde».

El siguiente soneto expresa esa angustia. La versión se ha apartado deliberadamente del original, en lo que se refiere a la distribución de

su rima (*abab cdcd efef gg*), o sea la tradicional inglesa, empleada por Shakespeare, en beneficio de una sugestión musical que, de haberse obtenido, crearía una atmósfera propicia al sentimiento que encierran los versos.

Cuando el temor
me asalta...

Cuando el temor me asalta de morir sin
haber
con mi pluma espigado en mi campo mental
y sin que en alta pila de libros logre ver,
como en ricos graneros, mi cosecha otoñal;

Cuando miro en las noches consteladas arder
los nebulosos símbolos de una ficción astral
y pienso que pudiera morir antes de ser,
por mágico destino, su intérprete casual;

Y cuando ¡oh, bella efímera! me llego a
predecir
que no he de verte más y que veré morir
la misteriosa llama del fuego encantador,
entonces, solo, a orillas del mundo
abrumador,
pienso que en esa nada también se habrán
de hundir,
definitivamente, la gloria y el amor.

Al sueño

=La simplicidad revolucionaria de Wordsworth, nutrida de sencillez campesina, tuvo eco en la prédica de Leigh Hunt, que proclamaba la renovación del artificial lenguaje poético, mediante el uso de las palabras más comunes y triviales. El teorizador encontró su Garcilaso en Keats, quien realizó admirablemente lo que su amigo aconsejaba. Su verso opulento, denso tejido que aprisiona en tupida trama los matices más fugaces, las asociaciones menos previsibles, suele contener el vocablo vulgarísimo y la imagen grotesca. Pero no chocan burdamente ni rebajan la dignidad artística; asoman con espontánea naturalidad y se adaptan armoniosamente al conjunto. Este soneto, en su original inglés, pudiera ser su mejor prueba.=

Suave embalsamador de la aquietada noche
que sueltas, con tus dedos de roce
inadvertido,

los escudados ojos, felices bajo el broche
de sombra, en la divina tiniebla del olvido:

¡Oh, lisonjero sueño! cierra voluntarioso,
mis obedientes párpados, o a que termine
espera

tu himno, antes que en torno del lecho en
que reposo
esparza su calmante piedad tu adormidera.

Pero sálvame entonces del día, o su
presencia

renacerá en mi almohada con su pasado
grave;

líbrame del suplicio de la insomne conciencia
que como un topo mina las sombras en la
calma;

diestramente en la dócil cerradura tu llave
gira, y séllame el cofre acallado del alma.

A Chatterton

=Keats dedicó su *Endymion* a la memoria de Tomás Chatterton, «el más inglés de los poetas, exceptuado Shakespeare». El jovencuelo de Bristol que urdiera, a la sombra de la vieja catedral, sus poemas arcaicos, atribuyéndolos a un autor imaginario del siglo xv, fascinaba a su compatriota. En una carta del 21 de Setiembre de 1819, escribíale a su hermano Jorge: «el inglés más puro, o el que hubiera podido llegar a serlo, es, en mi concepto, Chatterton: su lenguaje es enteramente nórdico». Y al día siguiente, en otra carta, dirigida a su amigo John Hamilton Reynolds, refiriéndose al mismo poeta, llamábale «el más puro escritor de lengua inglesa».

Chatterton se envenenó a los diez y ocho años (1770) vencido por la miseria. Aquel suicidio impresionaba profundamente a Keats. Al dedicarle este soneto ¿sospechaba que hubiera podido ser su propio epítafio?—

¡Oh, Chatterton! ¡cuán triste, cuán triste
fué tu hado,
hijo de la miseria, caro al dolor! Temprana
muerte veló tus ojos donde la soberana
lumbre del genio ardía, relámpago apagado.

¡Cuán pronto aquel acento majestuoso y
osado
en póstuma armonía trocose! ¡Oh, cuán
cercana
cerníase la noche de tu hermosa mañana!
¡Oh, flor abierta a medias que el frío ha
marchitado!

Mas ya pasó: en la cumbre de la estrellada
altura
eres, y a las esferas tu canto dulcemente
destinas, sin que nada conturbe su voz pura,
la ingratitud del mundo ni la inquietud del
hombre.

Sobre la tierra el justo salva de maldiciente
vileza y purifica con lágrimas tu nombre.

El último soneto

=Este famoso y magnífico soneto, el último que compusiera el poeta, fué escrito en una página en blanco del volumen de las poesías de Shakespeare, frente a *La queja del amante*, a bordo de la nave «María Crowther», durante la travesía de la Mancha, en viaje a Italia.=

¡Si yo estuviese, estrella, fijo cual tú!—no
aislado,
en suspensión nocturna de fúlgida fijeza,
sin parpadear velando, igual que un
desvelado
y paciente eremita de la naturaleza,

la intranquila marea que como en religiosa
ablución las riberas continentales baña,
ni contemplando impávido la máscara sedosa
que la reciente nieve da al yermo y la
montaña.—

¡No!—Aunque siempre innoble y firme en
mi constancia,
de mi bella apoyado sobre el pecho en sazón
sentir, insomne siempre y en dulce vigilancia,
el amoroso ritmo de su respiración;
cómo exhala su aliento eternamente oír,
y así vivir sin término—o en éxtasis morir.

William Wordsworth
(1770-1850)

A los veinte años se instaló en París, seducido por los ideales generosos de la Revolución. La ola de sangre anegó poco después sus esperanzas, y retornó a Inglaterra, desorientado y dolorido. Amante fervoroso de la naturaleza, buscó en ella su salvación. Refugiado en la bella región de los lagos, primero en Grasmere, luego en Rydal Mount, con su hermana, colaboradora y a menudo guía, Dorotea; luego, sin separarse de ella, con su esposa y sus hijos, vivió tranquilo y realizó su extensa obra.

En 1798 publicó las *Baladas Líricas*, germen del movimiento romántico inglés. De sus veintitrés composiciones, diez y nueve eran suyas; las restantes, de su amigo y vecino Coleridge.

Negado y satirizado por la crítica y hasta por sus compañeros de otrora, cerró sus oídos al mundo y continuó escribiendo con una regularidad imperturbable. Su astro, velado transitoriamente, ascendió y brilló, al fin, en lo más alto, sereno, inconfundible.

Nadie amó con mayor devoción la naturaleza; nadie penetró más hondamente el alma de las cosas y su correspondencia con la del hombre. Poeta sacerdotal de los seres humildes y de los espectáculos cotidianos, Wordsworth une la observación disciplinada y sutil al pensamiento noble y grave.

A su poema autobiográfico *El Preludio* pertenece el siguiente fragmento, en que el poeta reconoce, una vez más, su deuda fraternal. La ternura solícita de Dorotea dulcificó su carácter adusto, y el que pretenda explicarse el fondo afectivo de los poemas de Wordsworth deberá comenzar por esclarecer la contribución infinita de la hermana.

Indiferente a la amorosa gracia y en su naturaleza primitiva demasiado confiada, mucho tiempo permaneció mi alma, inalterable, en su severo aspecto, como roca de sonoros torrentes, a las nubes familiar, favorita de los astros. Mas tu llegaste, y en sus hendiduras abrió la flor; arbustos que le diera tu mano, centellearon en la brisa, y por tu influjo se pobló de nidos y hubo en todas sus cámaras gorjeos...

El espíritu de los bosques

=El sentimiento de la naturaleza despertó tempranamente en Wordsworth, como él mismo lo refleja en sus cantos autobiográficos y en sus recuerdos infantiles. La composición que va a leerse

pertenece a los poemas llamados «de imaginación» y expresa el remordimiento del niño por haber sido cruel con los árboles=.

...Sobre rocas no holladas; por penoso camino, entre madeja de zarzales y profusos helechos, llegué un día a sedante rincón, no visitado.

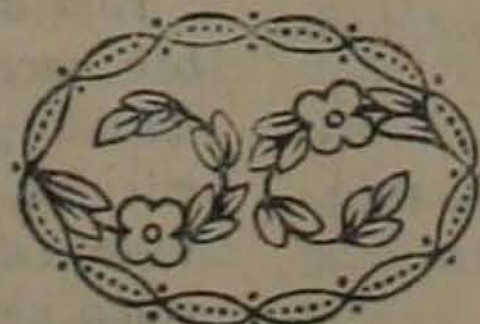
Ni una rama quebrada que pendiera con sus hojas marchitas, triste signo de asolamiento, allí: el avellano, alto y erecto alzábase, luciendo tentadores racimos. ¡Cuadro edénico!

Me detuve un instante, respirando, suspenso el corazón, lleno de gozo; y lenta, sabia, voluptuosamente, sin temor de rival, fuí con los ojos saboreando el festín, o con las flores, entre flores sentado, me entretuve debajo de los árboles. No ignora delicia tal quien alcanzó tras larga y fatigosa espera, repentina felicidad, mayor que su esperanza.

Era, tal vez, un pabellón: violetas de varias estaciones, florecían y marchitábanse, bajo el follaje, no vistas por el hombre, y el murmullo de las aguas oíase sin tregua, suave como de hadas. Mis pupilas divisaron la espuma centelleante, y, la mejilla en una de las piedras que me rodeaban, verdes y musgosas, cual rebaño de ovejas esparcidas, bajo sombríos árboles, oí el susurro y la voz arrulladora, con aquel dulce ánimo que inspira el deleite, tributos al reposo, cuando, seguro de su dicha, se abre el corazón a indiferentes cosas, sobre troncos y piedras y aire vacío prodigando su amor.

Alcéme entonces, y estrepitosamente arranqué ramas y ramos, en frenético saqueo. El umbrío refugio de avellanos y el pabellón aquel, verde y musgoso, su tranquilo vivir, pacientemente, deformes y manchados, vieron roto. Y si yo no confundo en esta hora sentimientos de ayer con mis actuales, antes de abandonar la mutilada glorieta, ebrio de alegría y rico, más rico que los reyes, asáltome verdadero pesar, cuando en los árboles silenciosos detuve la mirada y entre sus hojas vi el intruso cielo... Tú que a la sombra del follaje marchas, toca sin mutilar y ve con ánimo gentil, que hay un espíritu en los bosques.

(La Nación, Buenos Aires).



La cisterna

Es una cisterna profunda, cortada a pico, de aguas lívidas y oscuras, en cuyas paredes prende un yerbajo débil la misericordia de una flor roja como una viva herida. Sólo alegra esta indecible desolación la púrpura pasajera de la flor y la caída de alguna brizna que, al romper la lámina espejeante, forma círculos concéntricos que extendiéndose hacia las orillas van agonizando suavemente. En las albas tranquilas el rosa tenue del cielo se descompone en grises alucinantes al reflejarse sobre el agua lúgubre; en los mediodías cegadores, la luz se quiebra en una complicada variedad de oros viejos; y en las noches lunares surgen imprevistas combinaciones de plata oxidada.

Escúchame, agua yerta: No te compadezco, porque yo conozco corazones en cuyo fondo no brilla ni el más leve rayo de esperanza, y en cambio, desde el crepúsculo, tú empiezas a tener atravesado el pecho por los fúlgidos puñales de las Siete Cabriñas, como una Virgen Dolorosa.

BLANCA MILANÉS

San José, Costa Rica.
Enero, 1926.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Aparece bimestralmente

Director:

V. E. MARQUEZ BELLO

La revista se reparte gratis a los señores socios del Centro

La revista admite canje con publicaciones de la misma índole.

Suscríbese y tendrá a mano múltiples elementos de estudio e investigación sobre los problemas jurídicos y sociales de mayor actualidad, al propio tiempo que mantendrá su contacto con la vida universitaria y con el desenvolvimiento de la cultura contemporánea.

Suscripción por año (R. A.)... \$ m/n 10.
» » » (exterior) o/s 5.
Número suelto..... m/n 2.
Avisos en la Guía Profesional, por número..... » 3.
Avisos en la Guía Profesional, por año..... » 15.
Avisos en la Guía Profesional, y suscripción anual..... » 20.
Otros avisos..... (Convencional)

Los pedidos de suscripción, avisos, etc., como la remisión de su correspondiente importe adelantado, debe hacerse a nombre del Administrador: LUIS A OLMOS.

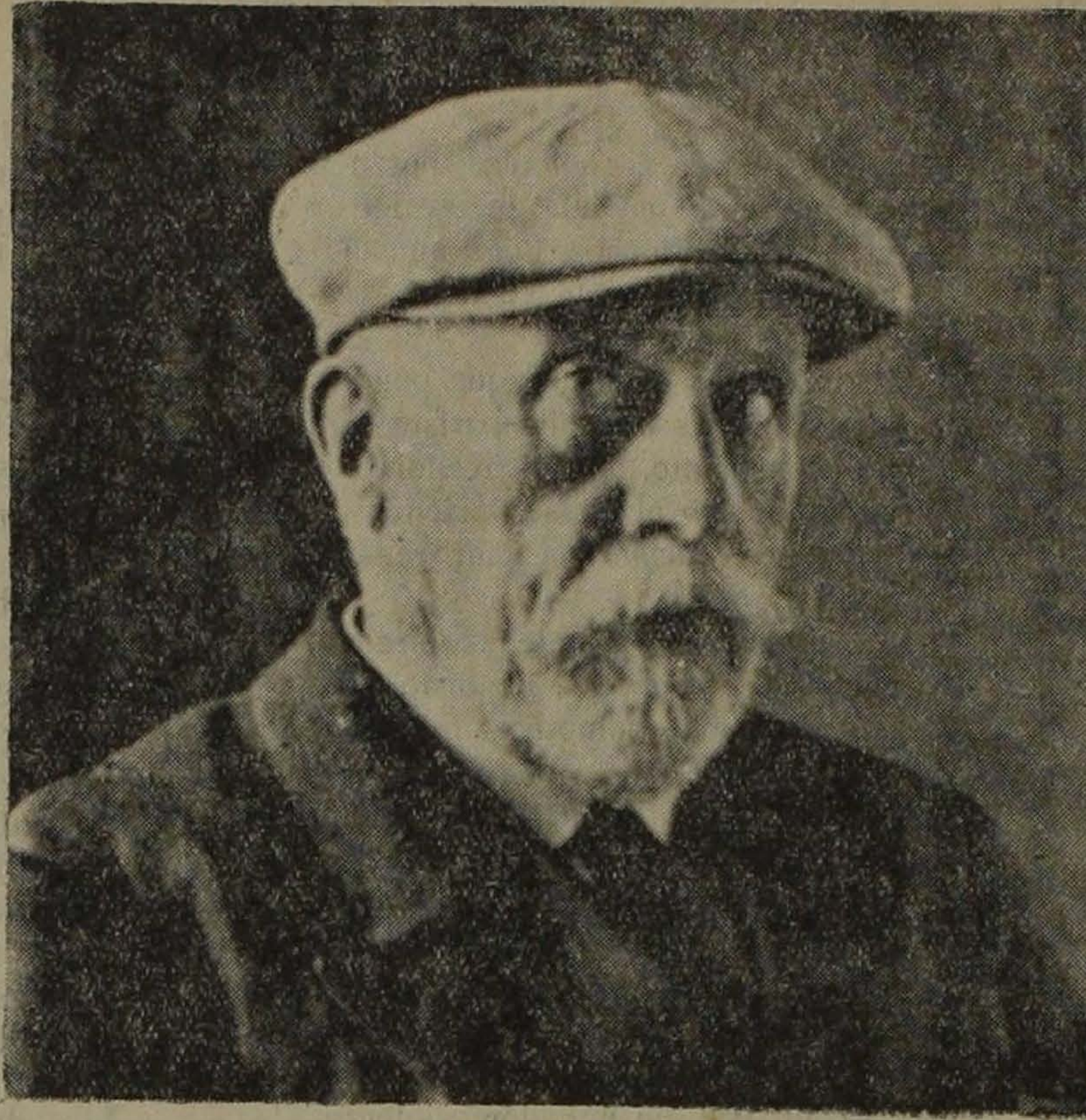
Redacción y Administración, Balcarce 167, Buenos Aires, República Argentina.

SERENO, tranquilo, como si fuese dueño de su dolor postrero, murió ayer ¹ Pablo Iglesias. «La muerte me sorprenderá en cualquier momento», decía hace dos días, sin fuerzas ya para levantar la cabeza, y luchando aún a fin de explicar sus desazones; y la muerte, en efecto, ha llegado para este hombre ejemplar, que inició su vida en un ambiente de dolor, consagró las energías de su naturaleza admirable a la fundación del Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, y muere rodeado de cariño y de respeto.

Ni la hostilidad del medio social ni las innumerables condenas, persecuciones y vejaciones sufridas atenuaron su sentimentalidad; su amarga niñez de hospiciano, la separación de su madre—a la que idolatraba—para que ella pudiera ganar la vida, y él, instalado en el Hospicio, quedara al abrigo de la necesidad más perentoria, avivaron en su temperamento la sensibilidad para el dolor y acrecentaron asimismo su hostilidad hacia el actual régimen económico-social. Ante el desamparo o la injusticia, veíase a Iglesias en la intimidad dominado por la emoción, y sus ojos grandes y claros expresaban dulzura y piedad; en la tribuna esos mismos hechos daban lugar a que se revelase la otra mitad del hombre: áspero, razonador, sarcástico.

Iglesias, el fundador de la única organización obrera española realmente europea y vital, llevó a los organismos que él creara la austeridad y la rigidez de su carácter; él los ha moldeado, y hasta el último momento ha coincidido su pensar con el de la mayoría del partido. Su muerte, no obstante el apartamiento relativo a que hace algunos años se veía forzado, no influirá por el momento; mas no es posible pensar que la ausencia del fundador deje de trascender en un mañana más o menos próximo; en este sentido cabe afirmar que con Pablo Iglesias termina una etapa de la historia del socialismo español simbolizada en su nombre glorioso.

Hasta su última hora Iglesias ha conservado la fe y el fervor proselista. Cuando se desmoro-



Pablo Iglesias

La muerte de un fundador

Pablo Iglesias

naban los ideales políticos en España, el Partido Socialista que Iglesias fundara en Barcelona el 1888 comenzó a difundir con pasión sus creencias; cuando se deshacían los partidos por carencia de disciplina y austeridad, el partido socialista, bajo la presión de Iglesias, se concentra en sí mismo, hosco, áspero, celoso de su pureza y temeroso de la fuerza desmoralizadora del medio político.

Lo que ha sido y es el socialismo español y la Unión General de Trabajadores no puede esclarecerse sin estudiar la personalidad vigorosa de Pablo Iglesias, artífice de sí mismo y de los organismos que él creara; mas no hay tiempo para acometer este empeño. Es Iglesias una de las figuras que han de quedar en la historia política española; era un símbolo de la credulidad en el poder del ideal y de la fe en la eficacia de la acción cuando va henchida de pureza, energía y serenidad. Con Pablo Iglesias muere una de las figuras más relevantes de la época moderna en nuestra patria y la figura más preclara que ha producido el proletariado español.

FERNANDO DE LOS RÍOS

(El Sol, Madrid).

DESDE lejos, me incorporo en el cortejo fúnebre de Pablo Iglesias. La vía inmensa es un cauce torrencial, donde la ciudad viviente fluye entre la ciudad pétrea. Esa multitud, ¿acompañará al gran muerto? No, no. Por última vez, en forma visible, el guía de pueblos avanza al frente de sus discípulos. Ese hombre no marcha hacia la necrópolis de olvido, sino hacia la inmortalidad. Antorcha viva, el soplo de la Muerte no la apagó. Su espíritu liberto aviva la luz de su ejemplo. Toda su obra queda tras él como una estela flameante. En los labios innumerables, su nombre adquiere resonancias nuevas. Ungido por la eternidad, nos parece ahora mayor su eficacia de génesis. Y en el estupor del tiempo amarguísimo que atravesamos, el dolor de su muerte parece una confortación de esperanza, porque el recuerdo su vida y el ímpetu de su ideal espolean nuestra languidez humillante y azotan nuestra resignación de siervos.

Hijo de su esfuerzo, ese hombre sacudió su espíritu entumecido por ancestrales sometimientos, supo infundirse la salvadora desazón del ideal, ciñóse como una coraza la inquietud

de su ensueño y forjó en su yunque su propia vida como un acero. El trabajo fué su pedestal. A su entorno, los infinitos compañeros de labor, curvados sobre su miseria, doblaban también el espíritu, rudimentario y casi bestial. Pero él recibió en su frente el soplo de los escogidos. Supo empuñar el fuego arrancado a las fuerzas adversas y lo agitó sobre las tinieblas en que pululaban sus hermanos de trabajo. Tuvo esa alta gloria que le imputan como un crimen los abyectos: agitó las dormidas muchedumbres, disperezó su letargo secular, infundió nueva luz en sus ojos enturbiados, fué el inductor de las visiones embriagadoras. Les dió una conciencia. A la manera de los creadores, sopló sobre el rostro de los inconscientes, y las bestias se volvieron hombres. Puso en sus labios la sed inextinguible de aguas nuevas y en sus manos la potencia de construcción de futuras ciudadanías. Acordó con ritmo desconocido el latir de los corazones. Lo que antes era rebaño, amontonamiento de reses sin noción de fuerza colectiva, se convirtió en asamblea potencial de conciencias, iluminadas por el sentido de un porvenir solidario y aun por la naciente percepción de que ellas recibirían la noción histórica de dirigir los destinos totales de la sociedad humana.

El vendaval del Aventino le flageló el rostro como una mística confirmación. El odio de los malos convirtiéndose en óleo de unción sobre su frente. La persecución le consagró. Y cuando, por fin, entró en el Parlamento con él entró por las puertas el viento salutífero de las ágoras redimidas. Cuando hablaba desde su tribuna, un acento desconocido penetraba a los oyentes como un dardo. Nunca olvidaré la única vez que pude oír su imprecación juvenalicia, a través de la cual pasaban, en evocación de taumaturgo, las multitudes hostigadas por la represión oficial en los campos andaluces, víctimas de una ancestral tiranía. El viejo tribuno, agobiado ya por la dolencia que acaba de matarle, erguía sobre su postración el alma llameante. La voz trepidaba por el esfuerzo de la imprecación y el brazo diseñaba el gesto de anatema de los viejos profetas. Y sobre

(Pasa a la página 127).

1.—El día miércoles 9 de diciembre de 1925.

MEMENTO VIVERE

El entierro de Pablo Iglesias

UNOS minutos de silencio, trabajadores del Mundo!

Todos, todos vosotros, obreros, cantados por Verhaeren; torsos robustos y cuadrados, gestos precisos y fuertes; forjadores, herreros, rostros de bronce y humo; constructores, albañiles, blancos de cal; mineros encorvados, con la lámpara entre los dientes; bravos marineros; sobrios campesinos de las pobres aldeas... Y vosotros también, los que, bajo la verde pantalla, trazáis sobre el libro con mano rápida las columnas de cifras, o los que, ante las cuartillas meditáis con la pálida frente apoyada en la palma de la mano... Todos, todos los productores, los creadores, ¡unos minutos de silencio!

Este momento es sagrado. Todo calla. Fábricas y talleres enmudecieron en la paz de este domingo invernal. No doblan esta vez las campanas de las iglesias. Ni aun sus tañidos turban el interior recogimiento. La abierta sepultura recibe el cuerpo del Fundador. Sólo se oye el caer de las paletadas de tierra y el latir de los corazones... ¡Silencio todavía!...

Y mañana, productores de riqueza, creadores de belleza, ¡que el trabajo se reanude con un himno más intenso, más ardoroso, más vibrante de esperanza! La tierra guarda en su seno una nueva semilla de luz. No tardará en florecer... ¡Oh, una humana sociedad en la que no hubiese mano sin labor ni alma sin ensueños!...

Este varón insigne, prodigio de voluntad, dominó a la vida y ha vencido a la muerte. Otros hombres, aun entre los grandes, nos hacen sentir cuando su fallecimiento acaece una impresión de angustia y de temor: la miseria de nuestra naturaleza humana. Primero, con su vida, nos enseñan y estimulan. Más tarde, entrados ya en la inmortalidad, levantan nuestro espíritu. Pero entre la vida y la inmortalidad quedan unos días funerarios en los que el grande hombre, caído como débil mortal, excita en nosotros la piedad y nos lleva al des-



Pablo Iglesias, yacente

aliento más bien que nos exalta de admiración entusiasta y de fe en el porvenir.

No ha pasado por ese triste momento la figura de Pablo Iglesias. Murió trabajando. Se durmió sobre el yunque. Sus últimas jornadas fueron sus últimos consejos, sus últimas cuartillas. Frente al *Memento mori* de los viejos, este anciano agotado y enfermo supo, sin embargo, repetirse cada mañana, cada nueva aurora, como Anatole France, octogenario, el *Memento vivere*, el «Acuérdate de que has de vivir»... Vivió hasta el postrer instante. Y pasó en el acto de la vida a la inmortalidad; de la vida, en su cuarto de trabajo, a la inmortalidad, en el salón de esa Casa del Pueblo cuyos cimientos ideales echara él medio siglo antes.

Nosotros vimos todavía su cadáver sobre el lecho mortuario. Nada producía allí esa sensación deprimente que nos causan por lo común unos restos humanos privados de su vital espíritu. No. No hacían temblar al aire las negras alas de la Muerte. Aquella austera cabeza, más hermosa en su reposo, con la tez intensamente blanca, tan blanca como la barba y los cabellos, tan blanca como las almohadas, era ya la estatua, era el noble mármol de las consagraciones inmortales.

¿Diréis luego que la vida es corta y que el hombre no es

más que barro? No, no. La vida es larga cuando se sabe llenar, y cuando se consagra al bien la vida es infinita. «¡Creo en la voluntad contra el destino!...» Hace sesenta años no había organización obrera en España ni casi en el Mundo. Por aquel tiempo, un niño rubio y demacrado languidecía en el Hospicio de Madrid. El destino le condenaba a una vida oscura y miserable. Quiso, quiso de veras salvarse; pero no salvarse solo, sino salvar a todos sus compañeros de trabajo y de sufrimiento. ¿Locura de adolescente? ¡Mirad a vuestro alrededor!... Medio siglo de esfuerzo indomable, actividad, inteligencia, corazón, y ya la locura se ha trocado en realidad, y ya la organización obrera es esa multitud innumerable, disciplinada, respetada, animosa, fortísima, que ahora, ante el sepulcro de su guía, padre y maestro, inclina hacia el suelo las frentes mientras eleva el pensamiento a las alturas luminosas.

La tumba se cierra. ¡Glorifiquemos al esforzado luchador! Sequemos una furtiva lágrima que, a pesar de todo, se escapa de nuestros párpados. ¡Inspirémonos en esa vida más fuerte que la muerte!... Vida ejemplar, vida fecunda, vida preclara... Sobre la losa de este moderno apóstol cabría grabar las palabras del antiguo Apóstol de las gentes: «He peleado la buena

batalla, he acabado la carrera, he guardado fidelidad a mi causa...» ¡Que cada uno de nosotros, en su modesta esfera, aprenda a esculpir, día por día, durante su existencia, un semejante epitafio!

¡Alzad ya la cabeza, trabajadores del Mundo! Los minutos de silencio han terminado. La común labor nos reclama otra vez. ¿Recordáis el último artículo, el artículo póstumo, de Pablo Iglesias, que *La Libertad* publicó? Nos advertía que hay aún en nuestro país infelices obreras con trece horas de jornada a destajo. ¡En qué estado quedarán—nos decía—esas desdichadas mujeres después de trabajar sin descanso alguno, trece horas!...» Así

clama todavía, desde la tumba, la voz del Maestro. Mucho se ha adelantado en ese medio siglo, Mucho camino se ha recorrido. Pero es más lo que resta por recorrer. ¡Adelante, obreros, productores, creadores...! ¡Adelante los jóvenes, seguros de que una vida es siempre larga cuando se sabe emplear en la buena batalla, y de que toda vida es fructífera y es gloriosa cuando se acierta a seguir la propia voz interior y cuando, al acabar la carrera, se ha guardado fidelidad a la causa de la Justicia.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

Epílogo al entierro de Pablo Iglesias

YA está muerto y enterrado Pablo Iglesias. El pueblo de Madrid ha sabido convertir el sepelio en apoteosis. ¡Qué lágrimas tan bien lloradas! Formidables tropeles, oscuras y densas olas de pueblo han seguido, silentes, cabizbajas, el féretro... Del paquete de carne inerte parecía surgir una lucecita: la idea que animara a aquella vida. Esa lucecita, invisible para los impermeables y empedernidos, para los que tienen oídos y no oyen, ojos y no saben mirar, brillaba ante las muchedumbres como otra estrella de Belem. Y las espe-

sas olas de pueblo, algunas divisadas de rojo, seguían tras el lucero conductor.

Apenas fallecido Pablo Iglesias, ha hecho su resurrección en la conciencia popular, sin esperar al tercer día. Su vida pura, humilde, luchadora, beneficiosa, magnífica, ha sido evocada, enaltecida. Palabras sentidas, palabras verdaderas, palabras justas, han hecho comparecer como de golpe toda aquella existencia ejemplar, la obra entera, levantada minuto por minuto, día a día, año tras año, de aquella voluntad creadora.

Hemos podido admirar al Hércules en sus trabajos, al Cristo en su martirio, al San Pablo en su apostolado. Y todos convienen en que ha muerto un santo y un héroe.

¿Qué especie de santo? ¿Qué especie de héroe? Un santo sin

religión, un héroe sin espada. Un santo laico, un héroe civil.

Esta es, precisamente, la más rara especie de santos y de héroes, la especie de héroes y de santos que todos los pueblos —y principalmente España— necesitan.

Encerrarse en un convento, o irse al yermo a esperar la egoísta salvación personal, y no hacer mal a nadie—ni tampoco bien—lo hemos visto a menudo. Cansados estamos de zurdos violentos que arremeten contra todo, resuelven los problemas a estocadas y, sin beneficio para nadie, salvo para ellos, sacan las manos y la conciencia sucias de sangre.

Pero el hombre de ideal definido y generoso, el que trabaja por el bien de sus semejantes, el constructor de cada minuto, el que guía los rebaños de hombres, el que sirve con la

palabra, con el esfuerzo y con el ejemplo, el que sabe triunfar a fuerza de tenacidad y de honradez por encima de todos los desfallecimientos, de todos los obstáculos, de todas las calumnias: el santo laico, el héroe civil, un Pablo Iglesias, eso es lo raro.

¿Se dejará que la gran lección de esta vida vaya a perderse? ¿Se permitirá que sólo se conserve entre las tradiciones de un solo grupo de hombres? Los que fundan un partido o lo sirven perduran dentro de ese partido. Pero Pablo Iglesias—que estaba lejos de ser un hombre de genio—no merece, sin embargo, ser reducido a notabilidad de la Casa del Pueblo.

Trabajando por las clases menesterosas de su país sirvió a España entera—fué un benefactor humano—. El ejemplo de

su vida debe, pues, convertirse en gloria de España, que lo produjo; en patrimonio común de los hombres.

Hay que escribir pronto la «Vida de Pablo Iglesias», y no permitir que su memoria se amengüe o disfigure. Que no se convierta en vaga leyenda sin crédito la verdad de su grandeza moral.

Hombres como Besteiro, como Luis de Zulueta, como Fernando de los Ríos, nos deben una «Vida de Pablo Iglesias». Una «Vida» breve, clara, muy bien escrita, para poner en las manos de los niños españoles de ambos mundos y que se pueda traducir y difundir en todas las lenguas.

R. BLANCO-FOMBOÑA

(El Sol, Madrid).

Noticia.—Más de cien mil personas concurren al entierro de Pablo Iglesias.

Dos artículos de José Carner

=Tomados del *Diario de Costa Rica*, San José.=

La hierba

A don JOAQUÍN GARCÍA MONGE

LA pobrecita gente que vive en las casucas ciudadanas puede gozar en las tardes dominicales de una bella mansión alfombrada, llena de blandos cojines, al modo oriental; puede tenderse en el ocio próspero, como si fuese rica puede tejer idilios bucólicos sobre un fondo de naturaleza, como los enamorados de las óperas. Y todo eso no cuesta un ochavo. Basta hallar un declive o una margen tapiada de hierba en las afueras. Al pie de unos baluartes o junto a un río, en el estribo de una colina o, posiblemente, en un semi-despoblado de arrabal, columbrando aún la chimenea de una fábrica, uno puede correr y yacer y sentarse, y merendar, y acechar las transformaciones de la luz, desde el oro insoportable al cárdeno piadoso, y acordarse de viejas melodías inefables, y seguir fantásticamente la orgullosa carrera de las nubes, y acechar la aparición de la luna con un renacimiento de infantiles alegrías.

La hierba es humilde y contemplativa, y nos proporciona juegos y esparcimientos serenos. Bajo un rayo de sol viene la cochinilla a caer en nuestra nuca, o, episodio aún más excitante, en la de la amada; mecido por el viento, un tallo esmeralda nos hace cosquillas en el oído; algunas

floreillas de color amarillo o malva se nos brindan para nuestros sombreros o para la cintura de las mujeres; una abeja desperdigada motiva escenas de considerable agitación y cuando uno se va, los grillos le dicen realmente adiós.

Pero no constituyen el grande atractivo de aquella rusticación tales episodios menudos, añadiduras pintorescas a una emoción esencial. El grande atractivo es que os confundís con la hierba. Os volveis flexibles y humildes como ella: la paz sedante os impregna el espíritu. No pedís a la vida más de lo que ella os entrega. Parece que al quitaros el saco para emplearlo a guisa de almohada, os hayáis despojado de todo íntimo prurito de mal humor. Estábais algo peleados con ella y sin saber cómo ni por qué, el resentimiento se desvanece. Os creíais objeto de una metódica malquerencia de la suerte, y descubris, de golpe, la suavidad de la paciencia. Os resignáis a la pequeñez de vuestra vida, nota secundaria y casi invisible en la armonía del mundo. El mismo tránsito de la muerte se trueca, mentalmente, en cosa fácil: de yacer en la hierba a yacer bajo la hierba, no hay más que un paso. El verde alegra los ojos del caballo y purifica el corazón del hombre.

Diríase por otra parte, que la hierba se da cuenta de su oficio. Entrégase con ánimo sencillo. No necesita una

inducción tentadora para prodigarse, ni luego exige respeto alguno. Deja que la hollemos en la cumbre, o en un borde de carretera, o aún al pie de una casa en construcción. Con idéntica buena voluntad otorga su sonrisa al prado alpino, que sólo cruzan las hadas y los gamos, y a la fealdad suburbana donde se agostará en verano, emitiendo una especial fragancia que no aprecian lo bastante los toscos individuos que poluyen el tapiz viviente con desechos y envoltorios grasientos. La hierba tiene, con todo, sus aspiraciones. Le gustaría ser, de vez en cuando, acariciada por el sol que se filtra a través de las hojas de un arbolillo. Le encantaría orlar la cinta lustrosa de un regato. Pero si no lo consigue, no por eso deja de sonreír.

Cuando os levantáis de la hierba porque las lucecillas de la ciudad, finalmente plateadas, os llaman, sobrepónese al sentimiento por tener que abandonar la hierba, un especial estado de ánimo. Sabéis que en la blanca polvorienta del camino y junto a las tapias os esperan las pasiones y las preocupaciones de todos los días. Volveréis a experimentar la interior revuelta o la acidez en la boca. Querréis obstinaros en vuestras manías, no sabréis negaros la áspera satisfacción de refunfunar. Pues bien, toda aquella categoría de fantasmas gruñones y tempestuosos, con sus máscaras y puñales y linternas sordas, os causa, a su regreso, una especie de satisfacción. Cuando yacíais en la hierba os parecía que la vida de todos los días no era vivir. Pero

ahora comprendéis evidentemente que tenderse en la hierba todavía lo es menos. Vivir es ser a la vez esclavo y conspirador. Mientras nos hallamos en el mundo, nuestro papel es el de unos átomos presa de agitación. La impresión que damos, tendidos en la hierba, — con la cabeza abandonada, brazos como implorantes, piernas abiertas—de una estrella de cinco puntas, es prematura.

Numen de un breve paraíso...

LA notable evocación histórica del golpe de Zamora que recientemente publicó en *La Tribuna* don Ricardo Fernández Guardia, Argos codicioso de todo posible recuerdo de ese divino país azul, conocedor de los detalles más sutiles del pasado costarricense como un verdadero *genius loci*, le habrá sido íntimamente agradecida no menos que por sus coetáneos, a quienes revela un interesante y casi inédito episodio de los primeros días de la independencia, por los españoles, tan numerosos aquí y tan compenetrados con los anhelos y los intereses de la nación, y para los que no hay mejor fineza ni halago que el imparcial reconocimiento de lo que el espíritu de España, transmitido a descendencia innúmera, significa y vale. El denuedo, la tenacidad de un romántico aventurero o emisario, en quien, a su modo, se manifestó, no sin obscura grandeza, el temple de la raza, brindaron al más egregio de los historiadores y narradores de este país la ocasión de unos conceptos de tan alta serenidad, de un patriotismo tan noblemente exento de mezquinos resquemores, que, si faltaran otras pruebas, siempre liberalmente dadas, ellos bastarían para acreditar la más pura conciencia de la Estirpe, que idealmente se aviene con el linaje y temperamento aristocráticos del rapsoda y su reconocida maestría en el habla española.

La coyuntura es excelente para hacer a renglón seguido confesión de un propósito mío.

No hay discreto conocedor de las letras hispanoamericanas, o mejor dicho, de la literatura castellana, que no valore y ensalce la labor eminente del historiador y cuentista costarricense por antonomasia. Pero aun tenida en cuenta la sin par valía del aprecio de los doctos y los escogidos, garantía de más extensas justicias futuras, incumbe a España, que por sus vastas organizaciones editoriales y por su prestigio de antiguo solar de estos pueblos nuevos, tiene capacidad y posibilidades para universa-

lizar el conocimiento de los grandes escritores americanos, ofrecer al mundo de habla castellana la edición definitiva, completa y vastamente abordable de las obras de Ricardo Fernández Guardia. En la iniciación de esta empresa entiendo deber ocuparme, y es a mi juicio obligación elemental la de procurar por la celosa difusión de los más altos valores hispano-americanos, la caída de las vallas deplorables que, por decirlo así, provincializan indebidamente la reputación de grandes maestros del habla de Cervantes.

Y la valiosa labor de don Ricardo Fernández Guardia, que entre los mejores se halla *inter pares*, puede y debe conocer las más dilatadas consagraciones, porque la perfecta elegancia, la sobriedad, la contención, el delicado claro-oscuro, la lúcida armonía del pensamiento y su expresión que caracterizan a todas sus obras, históricas o de invención, raras cualidades que en un tiempo más retórico y más pseudo-lírico, más enfático y menos exigente, pudieron en

parte substraerlas a la consideración de los superficiales, las han mantenido incorruptas, jóvenes, ágiles, en un plano de inspiración y gracia señoriles, al que no llegan los efectos tóxicos de la lucha huera de las escuelas y de la frívola sucesión de las modas. Por ello han sido traducidas, con el éxito que todos sabemos y celebramos, sus más importantes obras; y fácil es augurar que ha de serles favorable, como aquel dictamen de remotos países, la opinión de los tiempos venideros. Deber es de todos, costarricenses, hispanoamericanos en general y, *last but not least*, españoles, elevar un monumento viviente de admiración y cariño a ese prócer de las letras, sutil evocador de un pasado común y prácticamente indivisible creador de las aventuras deliciosas de *Hojarascas*, *Cuentos Ticos* y *La Miniatura*, numen de un breve paraíso y, con serlo, acreedor a los títulos que pueda conferir un coro universal.

JOSÉ CARNER

Nuevas respuestas al Cuestionario del "Repertorio Americano"

QUIERE usted¹ que yo conteste a las preguntas de su *Cuestionario*, aparecido primeramente en el REPERTORIO AMERICANO y luego en la página final de su libro. Me excuso humildemente. No soy un sociólogo ni un pensador. Lo que sigue no es una respuesta. Son consideraciones llanas, escritas al correr de la máquina.

Usted cree profundamente en América Latina. Bendita creencia. Pero en bien de esa santa fe, no nos fanatizamos. En América hay que hacer muchas cosas y corregir otras tantas.

Carecemos, precisamente, de dón crítico. Vea usted cómo se resienten nuestros problemas sociales y económicos, generalmente irresueltos, de esa falta.

Convengamos en que la obra educativa de las nuevas generaciones está por hacerse. La mentalidad de la clase universitaria se halla todavía saturada de un espíritu romantizador y quimerista, que lleva a la juventud a una apreciación a menudo injusta y desorbitada de hombres y sucesos. Nuestras universidades están llenas de siglo XIX, de Enciclopedia. ¡Y cuánto ha marchado el mundo desde aquellos días del filosofismo democrático que cometió la tontería de deificar a la Razón!

1.—Al Sr. MOISÉS VINCENZI se dirige.

El Estado hispano-americano, con poquitas excepciones, es algo anacrónico. Solo tiene su igual en los Balkanes. Incapaz, rutinario, enamorado del estatismo y de la fuerza bruta, totalmente incomprensivo de la cultura superior, rudimental en organización administrativa, medioeval en sus concepciones políticas, cínico burlador de instituciones libérrimas que conserva en la letra de los códigos para hacer escarnio de ellas en la acción.

Veo que usted censura acremente, en *Caracteres Americanos*, conceptos de Lugones y Masferrer. Hay en esto un poco de injusticia. No todo lo que Lugones sostiene — al contestar al Cuestionario de usted — es cierto, pero tampoco todo es falso. Lugones ha dicho verdades innegables. Que no nos ciegue el vasconcelismo hiperbolizador.

Creo que la inferioridad fundamental de América Latina es económica. Sin duda el poeta argentino dice verdad cuando escribe: «El indio no es, sustancialmente, inferior al blanco. Es, tan sólo, muy distinto». La mayor de las distinciones entre el indio y el mestizo de América y el hombre de raza blanca es que aquél no comprende ni asimila bien el sentido económico de la actual civilización del mundo—obra de las razas germánicas.

Volviendo a las preguntas del cues-

tionario de usted, distingamos entre dos proposiciones: lo que debiera ser y lo que puede hacerse.

La unificación de la enseñanza con determinados propósitos raciales; la comunización de las constituciones de nuestras repúblicas; la orientación de nuestros intereses económicos con propósitos diplomáticos defensivos; el estrechamiento de nuestras relaciones económicas internacionales y la actitud determinada de la América Latina, en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte—propósitos más o menos plausibles que encierra el cuestionario—suponen, para realizarse, unidad espiritual entre los diferentes pueblos americanos. Sería indispensable que ellos formasen un todo homogéneo para que sus intereses, ambiciones y tendencias fuesen comunes. Y no es así. El ideal aparece, teóricamente, uno. Las posibilidades, los intereses, los caracteres, las organizaciones político-económicas de estos pueblos son, en realidad, diversos y tendientes a una diferenciación cada vez mayor. Y no sabría yo contestar si la homogenización de las sociedades americanas sería más fructuosa para la cultura humana que su diferenciación; y si una u otra están más acordes con las leyes fundamentales de la naturaleza.

Para que aquellos magnos propósitos tuviesen organismos eficientes, habría que contar con los gobiernos. No olvidemos que el papel del gobierno, en casi todos los países indo-hispanos, es todavía decisivo. El interviene en todo y ejerce el contralor de todo. Detenta los derechos, las iniciativas, las fuerzas particulares. Pues bien: los gobiernos son los primeros enemigos de una acción internacional basada en los propósitos que expresa el cuestionario. Y no lo son tanto por categórica voluntad de serlo como por su rutinarismo, su carencia absoluta de ideales, su desprecio a los fueros del pensamiento, su miedo a marchar de frente y su egoísmo hacia todo lo que no sea intereses concretos de política local.

La acción particular sería apreciable—sin duda. Pero limitaría a las minorías intelectuales y a los núcleos de estudiantes que tan escaso influjo tienen sobre la vida real de nuestros pueblos. Por eso es que la propaganda latino-americanista no ha salido aún del período del discurso y la nota diplomática. Es propaganda verbalista que, en cuanto cuaja en sociedades y ateneos, se hace mediocre y estéril.

Se pueden proponer muchos medios de realizar los propósitos enunciados en el cuestionario de usted. Pero no es esto lo importante. Lo importante

CUESTIONARIO:

1.^a ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2.^a ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3.^a ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4.^a ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5.^a ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6.^a ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Respuestas anteriores:

Las de *E. J. Varona*, Habana; *R. Brenes Mesén*, Syracuse, New York; *L. Lugones*, Buenos Aires; *B. Sanín Cano*, París; *N. Pacheco*, París; *Elena Torres*, México D. F.; *E. Landázuri*, México D. F.; *A. Sux*, París; *Fed. García Godoy*, La Vega, Rep. Dominicana; *J. Santos Chocano*, San José de Costa Rica; *Francisco Contreras*, París; *Juan J. Carazo*, San José de Costa Rica; *José Vasconcelos*, México, D. F.; *Manuel Cestero*, México, D. F.; *Rafael Cardona*, San José de C. R.; *Rogelio Sotela*, San José, de C. R.; *Eduardo Ruiz*, San José de C. R.; *Enrique Molina*, Concepción, Chile; *J. M. Dihigo*, Habana; *Fernando Lles*, Matanzas, Cuba; *Alfonso Reyes*, París; *Manuel Ugarte*, Niza.

es medir, con certeza, nuestras posibilidades efectivas.

No desatendamos los obstáculos. Los prejuicios localistas de nuestra América son más feraces y arraigados que la mala hierba. Los orgullos nacionales miran sobre el hombro a los vecinos chicos. Observe usted el caso de la Argentina. Lea usted las decepcionadas notas del pobre Elmore durante su viaje a Buenos Aires y otras grandes ciudades del sur.

La civilización presente parece tener un signo físico característico: la multiplicidad y rapidez de las comunicaciones. El mundo se ha «acercado» y conocido a sí mismo, en los últimos diez años, mucho más que en los veinte siglos de la era cristiana. Y América Latina es el continente peor comunicado entre sí. La terrible ignorancia que de ella misma sufre, es una consecuencia del aislamiento material de sus países.

No olvidemos nada de esto. Observemos además que América Latina vive de una cultura intelectual importada y de una técnica industrial también importada. El capital que fecundiza nuestros campos y mueve el trajín de las ciudades es extranjero. El hombre que trabaja el suelo americano es, en gran parte, hijo de todas las latitudes del planeta.

Las muchedumbres que pueblan nues-

tro territorio no constituyen todavía una raza. Somos embrión o boceto, como usted dice, de una raza futura. Lenguaje, continuidad geográfica, sangre mestiza, religión, etc. son elementos para forjar una raza, pero el precipitado de la fusión sólo lo dará una serie sucesiva de mezclas etnológicas y culturales, traídas por las inmigraciones incesantes. Al fin se fijará lo que los ocultistas anuncian como la raza austral-americana.

Esto no empece a la brillantez del destino de América ni vuelve precario su momento presente. Creo que ha llegado la hora de ir plasmando las características de una cultura propia. Quizá su primera expresión esté en el arte. Podemos hacer un arte americano si dejamos de imitar a los maestros de otras latitudes. Tenemos una originalidad natural estupenda. Todo consiste en que sintamos y pensemos con nuestra tierra y para ella. Amarla, que es conocerla.

Como en lo demás, también en las letras nuestra ausencia de dón crítico es oprobiosa. Padecemos de una hinchazón lírica inaguantable. La falta de sencillez en el pensamiento y de sobriedad en el estilo—que caracterizan a las literaturas madres—hace de la nuestra una literatura de follaje. Yo escribía no ha mucho conceptos que quiero lleguen a sus oídos de crítico: «En Hispano-América, las potencias intermedias hacen suyo el reino de las letras. Estamos infestados de mentira literaria. Es lirismo de mal gusto, atropellado y pueril; tropicalismo de lenguaje, es decir, hojarasca verbal, hoy en boga; fememilidad intelectual, que torna a nuestros artistas *exquisitos*; estetismo confuso y banal; divorcio de la sencillez de espíritu; carencia de ética y de coraje; regionalismo de superficie y falta de probidad literaria, que crea genios por todas partes»...

CARLOS WYLD OSPINA

Guatemala, Rep. de G.

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Dirijase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Al margen de un artículo



HUBIERA preferido guardar un discreto silencio, como lo hizo noblemente durante doce largos años el poeta Lugones, cuando el vehemente escritor venezolano Blanco Fombona lo acusó de imitar al poeta uruguayo Julio Herrera y Reissig, muerto prematuramente. Pero el caso presente es un poco distinto, pues Lugones por respeto a la memoria de Herrera y Reissig prefirió aceptar el cargo con paciencia franciscana, hasta que Horacio Quiroga, amigo de ambos, y seguidamente el escritor José Pereira Rodríguez, Director del Liceo de la ciudad de Treinta y Tres en el Uruguay, han desvanecido con alto espíritu justiciero la falta de que se ha acusado al cantor de *Las Montañas del Oro*.

La lucha por la vida en tierra extranjera, me ha impedido desde hace algún tiempo ocuparme con frecuencia de asuntos literarios, y sólo de vez en cuando publico alguna poesía o artículo de crítica, para no contrariar mi *dilettantismo* por estas cosas del espíritu, sin pretensiones de ningún género.

En el número 129 de *Lecturas Dominicales*, suplemento semanal de *El Tiempo* de Bogotá, el delicado poeta Eduardo Castillo me consagra dos páginas con doce sonetos, versos de mi juventud de los veinte años, y además un artículo en que se ocupa, acaso con acierto en algunas partes, acaso poco justicieramente en otras, de mi modesta personalidad en el campo de las letras.

En un principio quise pasar por alto los conceptos del poeta colombiano y dejar que el público juzgara en justicia, pero ahora variando de pensamiento deseo hacer las presentes ligeras acotaciones al artículo de que me ocupo.

El poeta Castillo dice de mí que no soy un «poeta original» y que carezco del «vigor de inspiración que acusan las personalidades señeras y únicas». Conformes. Sinceramente confieso que no sé hasta dónde llega la significación del vocablo *original* y pienso que en Colombia sólo puede aplicarse su significado a nuestro Silva y a Valencia, muerto el primero prematuramente cuando estaba en su pleno vigor intelectual, y muerto también Valencia va ya para diez años por el agotamiento de su estro.

De los poetas actuales de Colombia que pudieran llamarse *señeros* y *únicos*, como quiere el poeta Castillo,

no alcanzo a columbrar ninguno. Si bien el malogrado estudiante de medicina Joaquín González Camargo con sus dos bellas poesías *Estudiando* y *Viaje de Luz*, verdaderas joyas de inspiración, hubiera podido alcanzar el título de original, y ahora Miguel Rasch Isla, José Eustasio Rivera y Delio Saravile van camino de llegar a la cumbre donde verdea el clásico laurel, también es cierto que aún tienen que luchar empeñosamente y soportar en el tránsito las mordeduras de la envidia. Es de lamentarse que poetas de la talla de Villafañe, Castañeda Aragón, Moreno Alba, Luis Tablanca, Rafael Carbonell, Ricardo Nieto, Manuel Cervera y Martínez Mutis que en otros países hubieran alcanzado gran renombre, acaso por pereza mental unos, acaso por lo impropicio del ambiente otros, hayan tenido que buscar en trabajos extraños a sus inclinaciones o en la anónima y desgastadora labor del periodismo el punto de apoyo en que se pierden sus talentos. En mi concepto sólo hay actualmente en Colombia un poeta original con relieves muy marcados y es el poeta costeño Luis Carlos López, que a más de su temperamento artístico posee un hondo sentimiento, una sinceridad y precisión admirables que son los verdaderos resortes de la originalidad. También en Ocaña, una pequeña ciudad enclavada entre montañas, de la más legítima estirpe colonial por sus costumbres, su ambiente de encanto y sus casas de voladas ventanas de hierro, hay un poeta poco conocido y que de cuando en tarde deja oír las raras armonías de su flauta verleniana: este cantor responde al nombre de Adolfo Milanés y entre sus contadas poesías hay una, *Anima Aquae*, que es de las más originales que he leído en estos últimos quince años. Lástima y grande que el poeta Milanés no pueda sustraerse a los ajetreos peligrosos de la política parroquial, política rastrera que se hace pasiva en los tiempos normales, pero que en cada zambra elccionaria se subraya con sangre y garrote limpio como fácil forma sistemática de la teocracia imperante en Colombia, va ya para cuarenta años.

El poeta Castillo encuentra que en mis poesías Francisco Villaespesa ha ejercido una influencia plasmante que se echa de ver en todas mis producciones. A la verdad, pudiera suceder que esa influencia que anota en mis

versos fuera una realidad, pero todos los que exteriorizan su pensamiento han recibido más o menos acusada la influencia de otros poetas. El mismo príncipe Darío, al decir del intelectual Arturo Torres Rioseco, anota que el Maestro en sus comienzos «tenía estrofas enteras calcadas sobre Campoamor y Bécquer». Mi comentarista tiene con el mismo Villaespesa muchos puntos de contacto: su imitación procedimental es continua, la construcción gramatical e ideológica es, si se pudiera decir, una misma y uno mismo el tema musical. Y para sacarme seguro léanse los sonetos *Ofrenda*, *A una copa antigua*, *Sensación matinal*, *Dualidad*, *Tierra lejana*, *Exhortación* y otros, en que la influencia del cantor español es resplandeciente, por el parecido de los temas, por la estructura de la frase, por la semejanza de los cuadros y por esa encantadora melancolía que exhalan todos sus versos.

Pero en todo este artículo que analizo y que fué encaminado entre elogios—que sé agradecer por lo que ellos valen—a dejarme un poco más que maltrecho, hay una apreciación que no podría pasar por alto y es la del delito de calco que me imputa el poeta Castillo referente a un soneto a San Francisco de Asís. Ya *El Sol* de Medellín me aludía en 1912 acerca de este mismo asunto y para entonces publiqué en *Rigoletto* de Barranquilla una crónica titulada *Al margen de un suelto*, en que aclaraba el caso.

No conocía entonces el soneto de Castillo al místico de la Umbría, y para esa época dí al público un soneto de mi libro inédito *Abejas de Leyenda* en que sus tercetos terminan de esta manera:

Y en los agrios zarzales del sendero
se revolcó desnudo, una divina
flagelación de algún instinto fiero.

Y fué de tanta herida dolorosa,
una gota de sangre en cada espina
y en cada espina floreció una rosa.

y el poeta Castillo tiempo antes publicaba otro parecido con la misma idea y esa elegancia de corte que el bardo bogotano sabe imprimirle a sus versos. Los setenta sonetos de mi libro entremezclados con prosas breves están inspirados en la leyenda del Santo y tomé para ellos los hechos admirables e ingenuos de la profusa hagiografía franciscana, especialmente de las *Floreceñas* de un anónimo discípulo del Serafín de Asís.

La ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán nos relata el hecho, cuando el humilde Francisco en uno de los momentos culminantes de su

vida, lleno de exaltación mística, el buido alfiler de la duda le hace sangrar el corazón, y desnudándose el pardo sayal se arroja ciegamente a un zarzal vecino y de cada espina que hirió su cuerpo surgieron al punto rosas blancas y rojas:

«Vinole al pensamiento que tanta penitencia pararía en enflaquecer y enajenar su razón, tocando en las lindes del suicidio; con tales imaginaciones se halló del todo acongojado. Para desechar esta tentación peligrosa, nacida quizá del propio cansancio y debilidad de su cuerpo, se levantó, desnudóse el hábito, corrió al oscuro monte desde su celda, y no pareciéndole tortura azás el cruel frío, se arrojó sobre una zarza, revolcándose por ella. Manaba sangre de su desgarrada piel, y se cubría el zarzal de blancas y purpúreas rosas, fragantes, balsámicas, frescas como las del benigno Mayo...»

Como se vé, la idea legendaria es una misma y hasta algunas de las palabras son iguales. Cualquier otro versificador que mañana quiera inspirarse sobre este sorprendente milagro no podría variar ni los vocablos con que por fuerza tiene que terminar su composición. O el desconocido autor de las *Floreccillas* y los innumerables admiradores del poeta de Asís y con ellos la ilustre vieja doña Emilia calcaron a Castillo, cosa imposible cronológicamente, o la imputación de calco que me hace queda destruida.

De mi libro, que acaso nunca he de publicar, es este soneto marcado con el número XIV, en que la leyenda relata el milagro de los estigmas que le traspasaron al Santo los pies, las manos y el costado izquierdo con dolores indecibles. Para ceñirme a la fidelidad del milagro, tanto la idea como muchos de los vocablos son tomados de la leyenda, sin que haya en ello calco alguno:

Dardo invisible, dardo de oro y fuego sutil, le transverbera pies y manos; y en el costado izquierdo surge luego honda herida que oculta a sus hermanos.

Es noche. El monte Albornia esplende en lumbre como un orto de sol en la campaña; ya Francisco no siente pesadumbre y en seráfico amor su alma se baña.

Vas puritatis, el dolor constante hinca en sus carnes afilada lanza; y de sus cinco llagas al instante,

surgen, cual de Jesús crucificado, cuatro fuentes de vida y esperanza y una rosa de amor en el costado.

De intento he silenciado los nombres de los bardos Rafael Pombo y Julio Flores, ambos laureados, muertos poco hace, que con potente inspiración y estro bellamente romántico, fueron de los cantores más brillantes que ha tenido Colombia, naturalezas poéticas muy distintas de la de Silva, fino, artista, aristócrata de la forma y sin duda alguna el Precursor, anticipándose a Dario, que con sus ritmos nuevos y sus ideas originales, fué en su *Nocturno* lo que Edgar Poe fué con su *Cuervo* inmortal para los Americanos del Norte.

Estoy en un pensar con Blanco Fombona cuando dice que «la obra hispanoamericana que conceptúo más original está aún en el espíritu de futuros creadores. Hemos vivido cien años de préstamo. Lo hemos imitado todo. Hemos saqueado a los españoles, nos hemos prostituido a los pies de los franceses. Aún las botas italianas e inglesas han conocido nuestra lengua.» Y es la verdad. Vivimos de la última palpitación de Europa y los Estados Unidos en modas, artes y ciencias, y estamos pendientes para su seguimiento servil de las postreras innovaciones literarias del extranjero.

Confiese el poeta Castillo con la mano puesta sobre el corazón si ya no está dicho todo o casi todo en el mundo y si de sus numerosas lecturas no ha extraído muchas ideas para sus poesías y recibido constantes inspiraciones de los más bellos libros escritos hasta ahora, y si dice lo contrario aceptaré los dardos que me dispara saturados con la miel de sus elogios que me honran sobremanera.

EDMUNDO VELÁSQUEZ

San José, Costa Rica.
Febrero, 1926.

Lectura de vacaciones

Teatro clásico español que ponemos a su disposición:

Cervantes: Comedias y entremeses (5 tomos) ₡	5.00
J. E. Hartzenbusch: Los amantes de Teruel..	0.75
Tirso de Molina: El condenado por desconfiado.....	0.75
Agustín Moreto: El lindo don Diego.....	0.75
Francisco de Rojas: Entre bobos anda el juego	0.75
Del rey abajo ninguno...	0.75
Juan Ruiz de Alarcón: Los pechos privilegiados	0.75
Lope de Vega: Fuenteovejuna.....	0.75

En edición de CALPE, Madrid: "Colección Universal".

Con el importe (giro postal o carta certificada), diríjase al ADR. del "Repertorio". A vuelta de correo le mandaremos lo que solicite.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Avenida Central

Frente a la tienda Kepfer.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

La muerte de...

(Viene de la página 120).

la asamblea pasaba una extraña vibración.

En estos días dolorosos, cuando la dorada juventud convierte su cultura de clase en escabel para pobres arribismos y cifra su anhelo en el brillo de las investidas, acomodando el alma, como un líquido, al recipiente del conformismo, Pablo Iglesias es el rescate de la verdadera superioridad. Mejor que nadie encarna los nuevos valores sociales, que han invertido el concepto de las aristarquías destinadas a regir las naciones. La antigua plèbe, rescatada de su envilecimiento, asciende a la categoría patricia de Pueblo, y acusa de usurpadoras a las selecciones falsas, encaramadas sobre su pedantería.

He aquí un hombre animado por el más amplio de los cosmopolitismos; su sentido de solidaridad humana no reconoció límites; supo, en los días de prueba, reconocer la culpa de su patria y exceptuarse en la común vileza. Pero, por él su patria se incorporó en el cenáculo de las naciones superiores y debatió con sus mejores ciudadanos los planos ideales de la futura hermandad universal. Su nombre, que hoy representa para España la compensación de muchas flaquezas, sonará en todo al mundo como el vínculo glorioso que convierte a España en campeón solidario de la nueva y futura libertad para todos los hombres y para todos los pueblos.

Imaginariamente, veo al cortejo alejarse en la ruta del cementerio civil, que será, paradójicamente, la sede de eterna vida para ese hombre, cuya figura espera el pedestal que haga perdurar su caudillaje en la plaza sonora y viviente de las ciudades. Fiel a su vida, su muerte ha sido ejemplar y digna, bañada en serenísima paz. Pero su memoria no quedará envuelta en el sudario lacrimoso de la paz de los muertos, sino que será grito de batalla en la santa guerra civil de los espíritus. El canto que conviene a esa muerte no es una elegía, sino un peán. Esa sombra penetra hoy, como en un supremo Parlamento, en la iglesia triunfante de los selectos, que han de conducir, con

la luz de su rastro, la caravana de nuestras cegueras vacilantes.

¿Queréis encontrarle un alma gemela, una vida paralela, tentadora para algún Plutarco del porvenir? Junto a él dormirá Pi y Margall. El uno es la inteligencia. El otro es la voluntad. Y uno y otro elevan como una ofrenda la limpidez de su corazón.

Sobre la nación estupefacta y entumecida pasó el cortejo como un poderoso llamamiento. ¿Qué resonancia, qué rastro ha dejado tras él?

GABRIEL ALOMAR

(La Libertad, Madrid).

Ante la muerte del maestro

ADemás de todos los méritos que Iglesias poseía y que son generalmente conocidos, para nosotros, los que en estos años difíciles hemos formado parte de los organismos directivos de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, ha sido la vida ejemplar del maestro, ha sido su consejo, la fuerza moral en que descansaban nuestras decisiones. En ningún momento grave hemos dejado de escuchar su opinión y de seguir sus ciertas indicaciones.

No hace más que dos días le oía razonar con la clarividencia en él habitual, tal vez acentuada con la proximidad de la muerte. El recuerdo de su vida inteligente, de su cordialidad y efusión, de su entusiasmo generoso, debe ser siempre el modelo de nuestra conducta y la fuente de nuestras energías para el cumplimiento de los penosos deberes que impone el servicio de un noble ideal.

JULIÁN BESTEIRO

(La Libertad, Madrid).

Pablo Iglesias

Don Fernando de los Ríos ha dado con la palabra exacta al llamar a Iglesias el fundador. Es la palabra que se me ocurría al leer anoche con más emoción que sorpresa, pues le sabía muy enfermo, la noticia

del fallecimiento del jefe socialista.

Ha sido uno de los dos fundadores que ha conocido la política española desde la Restauración. El otro, no es menester decirlo, fué Cánovas. En algo más de siete días, porque al cabo no era Jehová, Cánovas creó aquel mundo político, ordenó sus especies y dispuso la sucesión de sus estaciones. ¡Cuán pobre y tosca parecía frente a esa creación de un sistema político la obra fundacional de Pablo Iglesias! Inspiraba a muchos elementos de la burguesía el mismo desdén con que los magistrados romanos y los retóricos griegos veían la propaganda de otro Pablo, de Pablo de Tarso, cuyos viajes de propaganda para fundar nuevas iglesias en Asia y en Europa comparo Renán con las de los obreros socialistas modernos que realizan misiones de proselitismo.

Este desdén no impedía las persecuciones. Pablo Iglesias conoció muchas veces en su carrera de propagandista la dureza e incomodidad de las cárceles españolas. Quizá en estas prisiones se quebrantó su salud. Pero si entonces hubiese dicho alguien que Pablo Iglesias y su fundación sobrevivían al sistema político creado por Cánovas, hubiera pasado por un mentecato o un visionario. Sin embargo, ha sido así. Cuando aquel sistema pereció por do más pecado había, por la misma dinámica que él había cultivado amorosamente, lo que quedó en pie, con su organización intacta, fué el partido socialista.

Iglesias tenía las condiciones de los fundadores, la constancia, el amor apasionado y tenaz a la obra y, al mismo tiempo, el sentido de organización y la prudencia, sin los cuales no se edifica nada estable. Logró imprimir al partido socialista un fuerte espíritu de cohesión y disciplina. Practicó el oportunismo cuando convenía estableciendo la alianza con los republicanos, que contribuyó a la expansión y propaganda del socialismo y llevó a sus representantes al Parlamento y a las corporaciones populares, en las que habían tenido hasta entonces muy escasa representación. Tuvo, en suma, las condiciones de un verdadero jefe político.

Mucho le deben los obreros españoles. A nadie deben tanto

como a él. Sin hacer tan baja estimación de los sentimientos humanitarios como la que supondría la creencia de que sin el socialismo la moderna organización industrial de Europa habría mantenido a los obreros en estado de semiesclavitud, bajo leyes de bronce, forzoso es reconocer que el socialismo ha sido el gran impulsor del mejoramiento de las clases trabajadoras. Los que iniciaron esta política en Europa desde el Gobierno, Napoleón III y Bismarck, no eran filántropos, sino realistas. Los socialismos atenuados, las vacunas del socialismo, por decirlo así, el socialismo de Estado, el socialismo católico, han tenido por principal designio neutralizar y combatir al socialismo revolucionario.

Además de las ventajas materiales, como aumento de salarios, reducción de jornadas, leyes protectoras, a cuya consecución contribuyó no poco el haber convertido Iglesias a los trabajadores manuales en una fuerza política, le deben los obreros el haber fomentado incansablemente entre ellos la aspiración a la cultura, y también el haberlos alejado del extremismo en las dos formas anarquista y comunista.

Pablo Iglesias, obrero de la revolución económica, realizó en este punto una obra conservadora que la sociedad española en general debe agradecerle. No hay que olvidar que, por la ignorancia en que se las había mantenido, por el rencor que engendran las injusticias y por la misma vehemencia del temperamento nacional, las masas proletarias propendían a la violencia anárquica, como se vió más de una vez en los episodios de las luchas sociales en Andalucía, en Cataluña, en regiones diferentes de España. La organización socialista les dió un nuevo sentido de disciplina, de coherencia, de capacidad para la lucha legal, que no excluía, naturalmente, la aspiración revolucionaria.

La vida de Iglesias merece figurar en un Plutarco Moderno. Está llena de lecciones. Un joven escritor socialista, de mérito, Zugazagoitia, le ha llamado, si no recuerdo mal, una vida heroica. El más heroico de sus períodos fué, probablemente, el de la niñez y la primera juventud, en que Iglesias se hizo

hombre por su propio esfuerzo, se inició en la cultura y se curtió para la lucha. Huérfano, hospiciado, maltratado, explotado porque era un niño pobre, sin amparo, pasó por el áspero aprendizaje del dolor. De pocos se podrá decir tan exactamente que era hijo de sus obras. La cultura que se formó en las cuestiones sociales, la aptitud para la propaganda y la organización, el puesto político que adquirió al frente del movimiento socialista, no fueron dones fáciles de la fortuna, sino conquistas de una voluntad perseverante y tenaz, de una dedicación y de una fe.

La palabra fe no se despega del personaje ni del asunto. El socialismo y el nacionalismo han sido las dos religiones naturalistas modernas. En la una re-

sucita el culto antiguo a la ciudad, y la otra ofrece no pocas analogías psicológicas con el cristianismo primitivo. Al debilitarse entre los hombres la influencia de lo sobrenatural, la necesidad de vínculos morales que conservasen el espíritu de sacrificio por el ideal o el interés colectivo, la cohesión y simpatía entre los afines, la aspiración de hacer más felices a los hombres y lograr una vida mejor, parece que ha buscado bases naturales. Mas el espíritu de la *religio* subsiste en mucha parte.

Iglesias ha dado el ejemplo moral de una vida pura y austera. Siguiendo una táctica tan antigua como las luchas sociales, se le injurió a veces tratando de presentarlo como un

explotador de los obreros. La pretendida explotación consistía en que, no teniendo Iglesias otros medios de subsistencia que su trabajo, la organización política que dirigía remuneraba modestamente aquel otro trabajo que le estaba encomendado. Su salario de jefe político y de escritor de *El Socialista* no era ciertamente una lista civil, ni siquiera un sueldo de ministro, ni una de las gangas adjuntas que abundaban en el círculo social de donde solían partir aquellos ataques; y ese salario no lo ganó Iglesias con menor esfuerzo ni título menos legítimo que cuando era obrero de imprenta.

Era hombre de inteligencia muy clara y lógica. Sus discursos y sus artículos, escritos en lenguaje sencillo y preciso, sin

la menor sensualidad retórica con cierto rigor de razonamiento matemático, se distinguían por la fuerza dialéctica. Pero, sobre todo, ofrecía la persona moral un conjunto equilibrado de cualidades que hicieron de Iglesias a la vez un apóstol y un jefe político, y a las cuales se había sumado, por la acción del tiempo y de los servicios, un gran prestigio personal.

Muere en un momento crítico y difícil. Su sucesión en la jefatura socialista añade un problema a las incógnitas actuales. El partido socialista cuenta hoy con conocidas capacidades. Mas el hueco que deja el «abuelo», como le llamaban cariñosamente los obreros, no será fácil de llenar.

ANDRENO

(La Voz, Madrid).

Un nuevo libro de Alberto Masferrer

REPERTORIO AMERICANO nos anuncia que está en prensa el *Ensayo sobre el Destino*, de Alberto Masferrer. Aparecerá en las ediciones elegantes del *Convivio*, que dirige en San José de Costa Rica, J. García Monge. A propósito de Masferrer leíamos hace poco una interesante crónica de J. Dols Corpeño en la que éste nos relataba las impresiones recogidas en una tertulia literaria celebrada en San José de Costa Rica¹. En ella se encontraron dos escritores costarricenses, un venezolano, un colombiano, un nicaragüense, un antillano y un salvadoreño. Después de hablar de Nervo, de Rodó, de France, de Maeterlinck, de Montalvo, alguien nombró a Masferrer, e inmediatamente todos y cada uno se empeñaron en una puja de elogios al ilustre escritor recordado. Complacidos transcribimos un fragmento de la opinión del nicaragüense presente en la reunión, fragmento que podría suscribir el que estas líneas escribe, pues el libro *Páginas*, de Masferrer, le produjo idéntica emoción allá en los lejanos días de su iniciación literaria. «Al oír el nombre de Masferrer se agolpan en mí los recuerdos de mi juventud. Era mi vida estudiantil toda una vibración cuando leí apasionadamente un libro, quizá el primero de Masferrer. Llevaba por título *Páginas*. No puedo expresar la metamorfosis que operó en mí tal libro. Páginas de fuego, páginas juveniles, desbordantes, sugestivas, calcinadoras, parecían el eco de las cóleras supremas de Víctor Hugo, de Juan Montalvo. A pesar de los años transcurridos, no he podido olvidar la impresión que tuve al leer los capítulos, *Tragedia*, *Vanitas*, *Sol y Niebla*, *Risa negra*, *Cólera*.

¹ Esta crónica se publicó en la pasada entrega.

Tablero

—1926—



Reflexiones, etcétera. Por entre el fuego de esas páginas se podía adivinar lo que sería más tarde Masferrer. Era el grito de la juventud, pero se esbozaba con muy claras pinceladas al filósofo de hoy. Esas páginas eran la revelación del hombre. Y el hombre no ha claudicado. Se trazó su ruta, señaló en la lejanía su faro ideal; y ha sabido recorrer la ruta y llegar al torreón de ese faro».—A. A. B.

(De *Nosotros*, Buenos Aires).

Los libros de la semana

Donación de los autores, que mucho agradecemos:

Francisco López Merino: *Las tardes* (Poemas). Buenos Aires, MCMXXV.

Ernesto Morales: *Leyendas Guaraníes*. Pedro García, editor. Buenos Aires, 1925.

Emilio Oribe: *El halconero astral y otros cantos*. Segunda edición, definitiva. Montevideo. Agencia Gral. de Librería y Publicaciones, 1925.

Alfredo R. Bufano: *Poemas de Cuyo*. Editorial Tor. Buenos Aires, 1925.

Enrique Molina: *Por los valores espirituales*. Editorial NASCIMENTO. Santiago de Chile, 1925.

J. Darío Jaen: *Flor de Vesania*. (Novela). Panamá, 1924.—*En el cauce de la vida*. Páginas escogidas. Panamá, 1925.

Raziel de Lugo: *El jardín bajo la luna*. Tampico, Tamps. México, 1925.

Roberto A. Ortelli *Miedo...* Ediciones de la revista «Inicial». Vol. I., Buenos Aires, 1925.

Antonio Burich: *Historias*. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires, 1925.

Gilberto Beccari: *Vida virgen* (La novela del Gran Chaco.) Trad. de Andrés González Blanco. Prometeo. Valencia, España.

Arturo Capdevilla: *Los paraísos prometidos*. Editorial BABEL. Buenos Aires, MCMXXV.

Dr. Vicente Dávila: *Jaculatorias*. Segunda edición aumentada. Caracas, 1925.

Luis Villaronga: *Alas victoriosas*. 1925. San Juan, Puerto Rico.

José Tamiro Podetti: *De estirpe nativa*. Buenos Aires, 1925.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia
\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires